

**PROFES DE LENGUA
QUE HACEN
LITERATURA**

Antología Docente



Modelo y Arte de Tapa: Rocío Palacio

Diseño Gráfico: Pascual Ibarra

Idea original: Avelino Núñez

Profes de Lengua que hacen literatura /
Karina Cano ... [et al.] ; compilado por
Ramón Avelino Núñez. - 1a ed. -
Corrientes: Editorial D, 2019.
216 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-4962-18-8

1. Poesía Argentina Contemporánea. 2. Narrativa Argentina
Contemporánea. I. Cano, Karina. II. Núñez, Ramón Avelino, comp.
CDD A860

Hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por ningún medio, tratamiento o procedimiento, ya sea mediante reprografía, fotografía, fotocopia, microfilmación o mimeografía o cualquier otro sistema mecánico, electrónico o fotoquímico, magnético, informático o electroóptico. Cualquier reproducción no autorizada por los editores viola derechos reservados, es ilegal, y constituye un delito.

PRÓLOGO

Un largo anhelo de la Sociedad Argentina De Escritores (SADE, Corrientes), ha sido que la literatura correntina pudiera ingresar a las aulas para estudio y entretenimiento de nuestros alumnos.

Creemos que las letras de nuestro suelo tienen el mismo valor que la literatura nacional o latinoamericana; que también debemos agregar a la literatura canonizada, lo nuestro; que debemos transmitir la enseñanza de nuestra cultura a través de textos literarios escritos por mujeres y hombres de nuestra tierra.

De ahí la idea de reunir a literatos de nuestra provincia que, además de ser escritores con trayectoria, son docentes especializados en la enseñanza de la lengua castellana y la literatura del mundo, con título de Profesores y Licenciados en Letras.

El trabajo conjunto con la Licenciada Florencia Olivetti, coordinadora del Centro de Documentación e Información Educativa y Bibliotecas del Ministerio de Educación, fue muy importante para que este proyecto se materializara. Su gestión y preocupación por el estado de quietud en que se halla nuestra literatura y su ausencia en las aulas correntinas hizo que se trabajara conjuntamente con este proyecto que, desde hace muchos años, debemos a la sociedad.

Debo destacar que la idea de agregar una guía de actividades a las obras presentadas pertenece al escritor y profesor Tony Zalazar.

He aquí una obra que refleja nuestra idiosincrasia y nuestra manera de ver el mundo. Ponemos en consideración de nuestras autoridades y de nuestros alumnos el destino de este gran esfuerzo que hemos realizado.

Avelino Núñez
Presidente SADE, Ctes.

**PROFES DE LENGUA
QUE HACEN
LITERATURA**

KARINA CANO

EL BUFÓN

Sonrisa más dulce no cabe en tu boca
¿Allá en la Luna hallaste algún mágico prado?
¿Viste el palacio de los locos del arte?
En medio de la selva del duelo y del olvido
las musas que te inspiran
vendan tu corazón herido.
El arte es el único vencedor
que puede salvarte o, mejor dicho,
sacarte de la locura y convertirte en genio.
¿Qué elegido no corre si la trompeta llama?
En la copa que bebes, Tirso su vino vierte.
Y así, en soberano maestro de imágenes,
dibujos y palabras te transmutas.
Es el arte el que derriba todo espacio y tiempo,
su estandarte es la sangre derramada.

Glorioso bufón que escapa y persigue a la muerte.

Un día tendré tus alas blancas por un instante
y tu corazón melancólico de haber amado
palpará sobre el mío con su latir constante
y podré escucharte recitando poesías en mis oídos.

DEJA QUE DECANTE

El hierro habló así al imán
“De todos los metales es a ti a quien más odio
porque atraes pero no eres
lo suficientemente fuerte para retener”
Así que, en las noches me digo: ¡Mula!
Abandona a ese caballero de armadura oxidada
y sigue tu camino
sin más peso que el de tu propia vida errante.
Me maldigo y me repito
“¡Alto ahí, loca! ¡Suelta ese pájaro que no es tuyo
ni de nadie!”
Deja que decante...
Que se coseche el trigo.
Que la fruta madure.
Que los astros se alineen.
Que suenen las campanas
de todos los campanarios a la misma hora seña-
lada.
Que el agua siga su curso
hasta roer la piedra más dura.
Deja que decante...
Que el otoño se pinte de invierno
y que ya no queden hojas.
Que cumplan su proceso las crisálidas,
los lirios, los jazmines y las rosas.
Que el artista culmine su obra
con un suspiro tan profundo como su alma.
Que los días transcurran

vertiginosos o a paso lento de anciano,
lo mismo da.
Ahuyenta los fantasmas y al criminal.
Deja que decante, pero sobre todo
no te olvides de olvidar.

LO IMPOSIBLE

Somos lo imposible, no me retengas.
Deja que vuelva a mi cama vacía,
a mis noches oscuras, a mis sábanas frías.
No intentes convencerme,
nunca seremos el uno para el otro,
ni la media naranja ni el amor eterno,
ni la Paz de Cristo ni la poesía.
Quizás encuentres flores con mejores raíces,
pieles más suaves, ojos más felices,
otros perfumes, otros contrastes, menos
cicatrices.
A mis libros abandonados vuelvo,
a mis nostalgias interminables,
a mis locuras tristes, a mis locuras graves.
Al paso de los dolores mi corazón se hizo sabio,
aprendió de los golpes, moró en el calvario,
se hizo duro ahí donde el alma anida
porque no le quedan espacios libres para más
heridas.
Déjame que vuelva a la soledad que me espera,
es mi refugio, mi compañera
Y cuando la noche venga, ahogará en sollozos la
llama encendida
en silencio lloraré, a gritos sordos, para no ser
oída.
No somos culpables por este pecado,
víctimas fuimos, de un destino eclipsado.

Creí ser valiente, creí poder con el vendaval que
sopla de frente,
creí ser dueña del abismo de mis miedos, pero
no puedo,
me sobra cobardía.
Me falta el valor para verte partir un día,
para perderlo todo,
tengo miedo de sentirme completamente vacía.
En este imposible, en esta nube que pasa y que
con toneladas
de besos de amor nos llovizna,
en esta realidad enloquecida no puede haber un
mañana
y daga mortal sería un beso de despedida.

EL VUELO

Me voy como se marcha la Luna al llegar el alba
y con su filo brillante, cortaré el rencor.
Del pozo en el que he caído rescataré tu risa,
recogeré los recuerdos de nuestra juventud,
rosa roja, rosa blanca, rosa azul de la virtud.
Poco claro tengo el rumbo de mi vida,
me voy errante,
como el Quijote andante,
casi a la deriva,
con la mirada perdida
entre el ayer y el mañana
entre promesas rotas,
entre palabras fútiles y vanas
entre retazos de sueños,
entre selvas de Macondo derribadas,
entre labios partidos,
entre mis pasos perdidos
por oscuros caminos de la traición
oscura flor venenosa
como la perfidia de los Infantes de Carrión
entre lágrimas como las que a su destierro el Cid
partió,
así voy por la vida
sin rumbo fijo ni Ley
entre El Buen Amor de las Letras
y el Buen Amor que no fue.
Me alejo de tus ojos que tanto mal me hicieron,
del horror en cruz de tu mal amor sin fin,

de tus palabras que horadaron mi acero,
de tu boca infame y ruin.
Yo fui sordo a la voz de mis maestros
no acaté los consejos que decían que no eras
para mí
porque siempre el enamorado es tonto
sordo y ciego
no puede ver ni quiere oír.
Ya es hora de librarme del poder de tus palabras,
así como huyen las aves de la piedra lanzada,
huiré,
desplegaré mis alas,
muy alto volaré
inalcanzable para tus pobres manos seré.
Adiós para siempre, te digo, y ya no diré más,
adiós vástago dañino,
mal camino, mal amor,
mala estrella, mal sino.

EL CAMINO

Yo he visto algo más bajo el sol
cosas que jamás podrían haber creído.
Amontoné rencores, busqué el olvido
y llegué a detestar la vida y la ilusión.

Pero yo sé que también a todos
nos espera la misma suerte
y me dije si la suerte del malvado
será también la mía.
¿Para qué entonces el esfuerzo?
Entonces volví mis ojos
hacia la Sabiduría y vi
que la Locura no tiene arreglo
es una desgracia que derriba al necio,
sé que camina en tinieblas por despreciar la luz.

Si me preguntan a dónde voy, no tengo idea
ya no apura el ir tras el viento.
Porque amontoné fatigas sobre mi espalda
prefiero quedarme aquí, sobre tu pecho.

**CAROLINA
GÓMEZ GENEIRO**

PARA ESTE AMOR

Para este amor necesito esta receta:

Una buena medida de tus besos,
para volar hacia otros horizontes
y sentir la dulzura de tu aliento.

¡Así, tan mío!

Necesito unos gramos de tus brazos
que me atajan para que no caiga al abismo
que me abrazan fuertes y candentes en tu nido.

¡Así, tan mío!

Necesito la potencia de tus manos
que moldean mi cuerpo,
y recorren sin cesar cada instante de mi universo.

¡Así, tan tuya!

Necesito esa pizca de tu locura
que inflama mi fuego con llamas de ternura
con ímpetu de ardor eterno ...

¡Así, tan tuya!

¡Así, tan nuestro!

Tan nuestro...

¡es este amor que completa esta receta
para esta pasión
que me quema por dentro!

LA OSCURA NOCHE

Siento el arrullo de tu piel en mi cuerpo,
siento el gemido de tu ser intenso
Me escapo en el aroma de tus sentimientos
y vuelo hacia la cumbre de este amor eterno.

Si en las madrugadas se derrama una lágrima,
es la felicidad que sin duda me embarga.
Y cuando la poesía despierta mis sentidos,
tu alma dormida se vuelve mi nido.

Mi amor es un río que lleva silencios, deseos
y sueños, pasiones, encuentros, penurias y gozos
que traen tu brisa al puerto que espera
que anhela con ansias, tu llegada sincera

Y si en la oscura noche se fuga mi alma,
es porque se ha unido a tu ser que exclama
que grita mi nombre, que jura callado;
ritual que persiguen los enamorados.

Nací para amarte, sueño mi esperanza.
En la oscura noche, tu fuego me abraza.

NO

No le digas que me fui,
deja que observe por sí mismo mi ausencia...
No me quites la posibilidad de vivir,
no me niegues el calor de tu existencia,
no te vayas, no dejes de cobijarme con tu fuego,
¿tengo frío, acaso? ¿me aparta el vacío?
No me saques de un golpe de tu alma,
déjame besar el espejismo
de tus interminables labios...
No, no te vayas,
déjame recorrer el infinito de tu mirada,
déjame pasear por la llanura de tu cuerpo
y tocar la música de tu silencio,
que me abraza y me consume.
No me digas que no...
No me dejes, amor.
Ya se viene la noche negra,
y no quiero ver a la soledad,
mejor... toma mi mano
y llévame a la locura y entereza de tus brazos.
No me digas “no”.

Cierra la puerta,
este amor que nos consume,
nos espera.

LAS MARCAS DEL DOLOR

Quedaron embebidas en mí como marcas de llama eterna.

Ahora deseo escapar, pero parece ser muy tarde...Silencio...

El corazón de una mujer es un mar profundo de secretos.

El amanecer me busca. Un brillo en mi mirada me ilumina cual fuego celestial. Miro mis marcas, no han desaparecido. Es hora de preparar el desayuno.

Hoy me despierto con las marcas embebidas en mi piel. Las miro, no se alejan, son mi triste realidad y ya están en mi cuerpo. Las miro embelesada una y otra vez; a veces siento que las merezco.

Palpitan de golpe las heridas del alma y se abren como las flores en primavera, pero se encarnan vivas en mi ser. Sé que estas marcas ya no se irán; puedo leer a través de ellas, mi futuro.

De tan desesperada que me encuentro pensé en arrancarme la vida, de la manera más impetuosa y escalofriante. Pero inmediatamente entré en el cuarto de mis pequeños y allí los vi, son mi realidad. Con fuerza y efusión, en un momento tuve deseos de escapar, pero al instante sentí un vuelco en el corazón que me cegó la vida misma.

¡No pude hacerlo! ¡Sentí a la desesperación salir por mis poros! Bajé las escaleras, me acerqué a la luz y las observé de vuelta, las marcas.

Sentí a los fantasmas del dolor apareciendo y desapareciendo una y otra vez; se burlaron de mí, se burlaron de mis marcas. Mi corazón galopó inquietante y no sentí ya mis manos; no pude abrir la puerta... ¡Me sentí encarcelada en mi propio ser!

Recorrí lentamente cada parte de la casa, subí las escaleras con decisión, volví a mirar a mis hijos. Lo sentí a él y a sus murmullos en la fría noche, en las penumbras de su ira, el descansó. Ya utilizó todo su poder sobre mí y está agotado; me pareció verlo dormir tranquilo y descansar. Me toqué imprevistamente una de las marcas y quise exhalar un grito, pero me contuve para no despertarlo. “Esta vez no podré dormir”, pensé. Salí como despedida de esa habitación y al bajar las escaleras, el llanto corrió por mis venas. Formó un río caudaloso que empujó mis heridas. De repente escuché esos gritos y sentí esos mechones de cabellos en mis manos. ¡Quise escapar de esta locura, pero no pude! Me tapé los ojos, me encontré sin salida...

El amanecer me busca y mis ojos despiertos también lo buscan. Un brillo en mi mirada me ilumina toda... ¡Qué hermosa mañana! Miro a la gente desde mi ventana, la miro como un cuadro de exposición que deseo adquirir, ¡qué hermosa

mañana! Como un flechazo inminente siento el llanto de uno de mis pequeños y suspiro inquieta. Es hora de preparar el desayuno, miro nuevamente mis marcas, no han desaparecido, están disfrazadas de humillación y desprecio... hacia mí misma.

Cierro las cortinas con un solo movimiento... es hora de preparar el desayuno.

AMANECER

Una lágrima que brota es un mensaje eterno que supera a mi alma y a mi corazón.

Siento su respiración a mi lado, su gemido se quedó grabado en el centro de mi universo para no desaparecer. Me abraza su calor encendido en un fuego calmo, liviano, etéreo. Me abraza con seguridad, me toma de la mano con más seguridad. Miles de sensaciones estallan en un segundo en un alma perdida, la cual está a punto de perecer. Lágrimas surgen a borbotones y me instalan en un abismo que me lleva a una crisis que parece no tener fin.

Su silencio llena mi espacio, me escucha pacientemente... ¿Qué sucederá en su interior? Su ser masculino se asemeja al conjunto de olas marinas que van y vienen, vienen y van en un cúmulo de sensaciones placenteras. Me deja un murmullo eterno e interno que ríe y llora al mismo tiempo. Se desata imprevistamente un trueno arrollador que se eterniza en un solo instante, en una soledad.

Sé que volveré a verlo.

De golpe tu mirada, de golpe un auto que se pone en marcha...un “adiós”, un “hasta pronto”. Tu silueta y el calor de los cuerpos en mi piel, tus besos y caricias como ráfagas de lluvia fresca, tus labios, mi espejo, tu espejo, la humedad de los poros, la gente que va y viene, la oscuridad

de un parque, el amanecer de un parque, la gente como testigo de nuestro primer encuentro, el temblor de tu cuerpo, la candencia, mi candencia, la tuya, tu ansiedad, mi dolor, las sábanas que se visten de pasión, otro espejo, otra piel...el amanecer de un nuevo amor...vos.

EN SUS LÁGRIMAS

En su cuerpo cae una lágrima perlada por los recuerdos.

Se acomoda el cabello y sigue pacientemente con la escritura que retuvo varios días atrás. Se deja llevar por los rayos del sol y por las palabras que caen como gotas de rocío en su corazón.

Siente las sensaciones lejanas y cercanas, no vacila.

El día le presentó una sonrisa tímida de luz, pero ella vio engarzada una tristeza infinita, en la plenitud de su vida, en la mitad de su camino.

Una capa de viento helado se deslizó suavemente sobre su espalda. “La temperatura será cruel, el día será cruel. También deberé prepararme para eso y para todo.” pensó intensamente. No encontró otro rincón para llorar, ya no aparecían más rincones.

Su madre la reclamó desde la gélida cama del sanatorio. La estufa nuevamente iba a necesitar una reparación inconclusa, todo esto pensó cuando se levantó y percibió el frío que se derramó incesante en su interior.

Las palabras de su madre se entrecocaron, quiso entenderlas, pero un torbellino impregnado de dolor recorría su última esperanza. Se sentía

morir: “Seguramente moriré antes... no puedo más”, reflexionó quedamente recordando cuánto deseaba que no llegara nunca este momento. Su madre siempre le entregó una pizca de negatividad, pero ahora ya no aparecieron los ímpetus para ser paciente y positiva, ¿de dónde sacar más fuerzas?

“En una lágrima te vas...en una lágrima y en un suspiro. Me recibiste en tus brazos ¿y ahora quieres que te despida en los míos?” Estas palabras se hicieron eco en su mente; su mirada, fija y serena, pero por dentro, un desborde de aflicción.

Le pidió que se durmiera. Su padre no tardaría en llegar, también lo esperó.

Cuando por fin pareció tranquilizarse apoyó la cabeza sobre el respaldo de la silla y dormitó. De golpe recordó tantos dulces momentos de la infancia. El campo límpido, el aire azulado de tanto cielo, las miradas inocentes junto a las risas de vuelo de pájaros, vuelo vibrante y extraño para tanta quietud. Sintió el claro de su adolescencia y los momentos más fuertes, más vividos de plena juventud...ella misma ya se despidió de esa lozanía.

Abrió lentamente sus ojos y lo primero que visualizó fue la mano de su madre, como una blanca y delgada paloma que se posaba en las sábanas de color ámbar. El contraste de esa imagen, por momentos la asustó. Tantas circunstancias

de lucha, impregnadas en esas níveas manos que trabajaron incansablemente, pero se iban marchitando en sábanas de color ámbar y en plena luz del día.

Como un soplo de aire helado pensó en él. Ya debería estar con ella, sin embargo, se dio cuenta de que sus reclamos no tendrían lugar.

-Intentaré ir por la tarde, hoy debemos hacer una entrega y hay mucho trabajo acumulado...

-Podrías dejar eso, un poco por lo menos, acompañame, estoy muy preocupada y... ¡tengo mucho miedo!

-Te dije que voy a tratar de ir por la tarde. No me hagas repetir lo mismo, vos sabés que estará bien. Ya hablaste con el médico, ayer me lo dijiste. Dejá de pensar de manera tan negativa.

- ¿Yo, negativa? Te acompañé cuando te pasó. Dejé todo y estuve a tu lado...

-Sí. Vos haces todo y yo, nada...

Silencio y frío.

-No voy a pelear. Ahora tengo muchas cosas que hacer, amor.

Su mano se posó en su cara helada, la acarició, rozó sus labios en tono conciliador. Ella lo miró con ternura sabiendo que él debía partir y que siempre lo esperaba. Se abrazaron fuertemente y vio su silueta alejarse. Su esencia quedó en el aire. Tuvo frío, pero un calor intenso la pacificó, un relámpago nada más.

La música del móvil sonó y se quedó estática, miró el celular sobre la mesa.

-Te espero, hasta luego.

Fue todo, lo escuchó pacientemente y se quedó impregnada de sus palabras.

La puerta se abrió inmediatamente y apareció Miguel. No esperaba que viniera. Él vio que le faltaba el sueño y le dijo que se quedaría, si ella lo deseaba. Le agradeció, pero no. Su madre parecía despertar por momentos y tenía que estar allí, a pesar del frío y de la angustia, siempre allí. Tuvieron una plática tranquila, las miradas eran serenas. Miguel le preguntó por él, pero ella no le respondió inmediatamente. Más bien, como respuesta le pidió que averiguara quién podría arreglar la estufa. El frío del cuarto la incomodaba y el abrigo era insuficiente, su vida ya parecía insuficiente.

Luego del encargo, entró y la encontró pensativa. Su mano posada en un rostro cansado y pálido le trajo los recuerdos de una juventud ya perdida.

-Me cuesta llevar esta cruz, parece muy pesada. Más temprano me preguntó por papá. No sé ya qué hacer, los médicos no me dan ningún resultado concreto y...

Mientras le habló de manera espontánea, recordó el día de la audiencia y el final de todo. Su matrimonio pasó como una ráfaga huracanada, helada y nuevamente sintió mucho frío. Se tapó

el pecho con la manta polar pero su corazón palpitaba hielo.

“Yo te advertí”, fueron sus palabras. Sintió un vuelco en el estómago y tuvo ganas de salir de allí. No, lo miró con desprecio por un momento, pero trató en un instante de calmar sus ansias.

Un instante, sólo un instante. Volvió a mirar a su madre y el llanto se le acumulaba, ya no pudo más y lloró como una criatura, como cuando se acurrucaba en sus brazos luego del rezo del Rosario; ahora su destino iba a cambiar de la noche a la mañana, sin salida, encerrada en la cárcel de su propia existencia. Pensaba en los años de su madre y en sus años.

Sintieron el crujir de la puerta, una figura entró en silencio y otra figura salió sin decir una palabra más. Se unió a él para terminar de desahogar su agonía; su débil cuerpo, casi desmayado y sintió la fuerza de sus brazos que la sostenían con seguridad. Ella fue una sombra más en la fresca habitación.

Cálidamente, otro ser se iluminó. La tarde le brindó notas de calor en el aire claro y sosegado. En su cuerpo cayó una lágrima perlada por los recuerdos, pero de un golpe se evaporó. Calor y luz, los rayos tenues del atardecer resplandecieron en su rostro. Su destino y la paz en sus lágrimas de mujer.

AVELINO NÚÑEZ

SILVERIO

“Pero el hombre es también fuego sagrado;
una voz perdida entre siete desiertos buscando
la nota de su verdad, esa verdad que es sólo
cenizas en el fantasmagórico espejo de la irrealidad.”

Raavenu 6; 3

Cursaba yo el séptimo grado en la Escuela Rural N° 49, de la Colonia Popular Oeste, Provincia del Chaco, cuando maté a Avelino, el rudo, y de su podredumbre brutal vi surgir pájaros de sol. Sí. Pájaros con ojos de distancia, soles, flores y mariposas.

Recuerdo que dicha escuela era la única en toda la comarca y en ella todo era algarabía, bullicio, risas y desmanes en los recreos, incluso en los horarios de clase. Recuerdo también a la bella señorita Tona desgargantándose, intentando poner orden en el curso, a veces, vanamente.

Yo solía ser el más terrible y desacatado del aula y de la escuela toda, pero ante la maestra ponía una cara de angelito que, por poco, se podía contemplar aureolas sobre mi cabeza.

Entre otras tantas cosas, acostumbraba yo guardar en los bolsillos de mi delantal pedazos de tizas y algunas que otras piedrecillas que, cuando la maestra estaba de espaldas escribiendo la clase en el pizarrón yo, friccionando los dedos y usándolos como disparador, se los arrojaba a la cabeza de algún que otro compañero. El tiza-

zo-proyectil solía zumbar en el aire y el impacto solía ser simplemente doloroso. Entonces el inevitable ¡Aaahh! retumbaba en el salón y las carcajadas unísonas de los alumnos hacían temblar el aula.

Recuerdo con nitidez precisa un día en que el salón estaba en sumo silencio, pues nos hallábamos ensimismados copiando la tarea que la maestra anotaba, yo me paré sin hacer ruido alguno y poniendo todas mis fuerzas en los dedos, disparé una piedrecilla que silbó en el aire y dio en la cabezota de Luis.

—¡¡Aayyy...!! —gritó el desdichado, haciendo estallar los cristales del silencio en un grito de dolor y todos nos carcajamos.

— ¡¿Qué pasa, chicos?!! —preguntó la maestra, con ríspido enojo.

Y Luis, que acostumbraba a exagerarlo todo, manifestó:

—Me pegaron un cascotazo en la cabeza, señorita —sollozaba, mientras se frotaba el remolino como si hubiese recibido un mazazo terrible.

— ¡¿Quién fue el *vivito* que lo hizo?!... ¡A ver, que levante la mano! —vociferó la maestra, con voz de sargento, y esperó a ver quién era.

Por supuesto que nadie la levantó. Silencio oprimiente.

—Decime, Luis —reinició— ¿Sabés quién fue el imbécil que te arrojó el cascote?

Luis sabía perfectamente que había sido yo. Él mismo a veces me pedía que arrojara a éste o a aquel mis famosos proyectiles, pero no iba a delatarme porque a la salida de la escuela su vida podría convertirse en un infierno y podría llegar a perder algunos dientes con este *sacamuélas* sin título.

—No, Señorita. No vi ni sé quién fue.

Entonces la maestra buscó entre los que nos sentábamos en los pupitres del fondo.

—Víctor, vos que estás ahí atrás... ¿Viste quién arrojó el cascote a Luis?

Víctor titubeó pues había visto todo y, a pesar de ser muy amigo mío, pude inferir que estaba a punto de delatarme, pero una curiosa ceguera se le hizo carne súbitamente cuando, con disimulo por debajo de la mesa, le mostré los nudillos de mi puño derecho. Quizá la bestialidad que me habitaba y que yo liberaba a la salida de la escuela le había anulado por completo el cerebro. ¡Es que a todos les era conveniente no meterse conmigo si no querían comer sólo puré de papas y sopita por una semana!

—No, Señorita. Le juro que no vi nada; si no, ya sabe que yo le voy a decir quién fue... hay que sancionar a los idiotas que se hacen de los *vívitos* —aprovechó para vengarse, de alguna manera.

Cuando me preguntó si yo había visto al *autor del disparo*, fruncí el ceño y salí de mi en-

sueño moviendo la cabeza en señal de no saber nada de lo que estaba ocurriendo.

— ¡Están todos amonestados! —gritó la maestra... y todos bajamos la cabeza.

La clase continuó en medio de un silencio astillado y diseminado por el piso.

Llegado el mediodía, sonó la campana de salida. Yo acostumbraba salir último porque solía asegurarme de no olvidar nada en mi banco y... je je, también mirar rápidamente los bancos ajenos por si algún distraído olvidaba algo para yo “cargármelo”.

Ya cuando iba a atravesar la puerta, la maestra me llamó —soné, pensé. Algún infeliz que quedaría sin dientes en un rato me habría delatado—. Trémulo y gris me acerqué al escritorio de la maestra. Me miró fijamente a los ojos, luego sonrió con dulce cólera y me dijo:

— ¿Sabés una cosa, Avelino...? Yo estoy segura de que vos no fuiste ni viste al estúpido que arrojó el cascote a Luis, así que no quiero que estés triste porque **a vos** no te amonesté. Andá tranquilo a tu casa, mi angelito de Dios.

—Gracias, señorita, por distinguirme por entre estos salvajes y desubicados —respondí con ojos de carnero degollado y salí seriecito, conteniendo una carcajada demoníaca que me hería la garganta.

Esto y más eran mis hazañas diarias.

Por esas cosas de la vida, contaba yo con catorce años cuando cursaba el séptimo grado y en el salón de al lado había una chiquita (de sexto) que me tenía loco de amor, pero sucedió que me dejó de lado cuando ingresó a la escuela un tal Silverio, un gordito de piel muy fina, aunque al parecer un poco sucio, pues siempre calzaba las mismas zapatillas y el mismo short azul que apenas se dejaba ver por debajo del ruedo del guardapolvo, ya casi amarillo por lo viejo. A este individuo comencé a odiarlo de una, así, de arranque.

En los recreos Alicia, mi adorada chiquita, salía al patio y, junto a este sujeto imbancable, se sentaba en el basamento del mástil de la bandera para compartir el sol de la mañana y leer los horóscopos y chistes que por entonces traían los papelitos del envoltorio del chicle Bazooka (que él se encargaba de juntar del piso).

Alicia reía feliz en su compañía.

—No sé qué puede verle a ese cerdo — comenté una vez con Víctor que, por el brillo de sus ojos, se relamía de ganas de ver a Silverio con la boca y los dientes destrozados.

—La verdad, no sé qué puede verle a ese infeliz —enfaticó él, echando leña al fuego—. Ese gordo es sólo un bobalicón que lo único que tiene son sus ojos claros... y, desgraciadamente, vos no... porque sos negrito —remarcó, avivando las llamas—. Lo curioso es que recién está en segundo grado ¿No te parece raro a vos?

— ...Y para colmo, burro —agregué.

Mi amigo y yo nos miramos y de pronto una chispa cómplice destelló en nuestros ojos. Sonreímos y fuimos a pararnos junto a la puerta del aula del *ladrón de amor*. Cuando sonó la campana anunciando el final del recreo, el *fulanito* pasó junto a nosotros y yo le hice una zancadilla que lo llevó a terminar con su rechoncha humanidad contra el piso y se le partieron los labios.

No dijo ni pío. Sólo nos miró y fue hacia su banco. Yo quería que dijera algo insultante para poder maquillarle la cara de un puñetazo, pero no sucedió.

Más adelante me di el gusto de sacudirlo con alma y vida. Y sucedió cuando una mañana que me encontraba jugando al fútbol en la canchita de mi escuela, Gregorio, hermano de mi amigo Víctor llegó corriendo a avisarme que Antonio, mi hermano menor, se encontraba llorando porque lo habían lastimado.

— ¿Qué le pasó?

—No sé exactamente. Parece que Silverio lo cacheteó brutalmente.

— ¿Así que además de meterse con mi chica ahora también abusa de mi hermanito?... ¡No! ¡Este infeliz fue demasiado lejos!

Llegué a donde mi hermano. Se encontraba ovillado; tenía la cara roja, lastimada, y lloriqueaba.

— ¿Fue Silverio? —Antonio asintió con la cabeza— ¡Yo le voy a dar al gusano este *para que tenga y para que archive!* —amenacé furioso, y salí a buscarlo.

Encontré a Silverio, de lo más campante, hojeando un Correrías de Patoruzito, recuerdo con nitidez. Sin mediar palabras lo tomé de los pelos y le clavé un tremendo rodillazo en la boca del estómago, que lo dejó sin aire. Seguidamente usé mi musculatura y mis puños para dejarlo doblado, de rodillas, temblando y salivando sangre en el suelo. Soy un tipo de estatura baja, pero muy fuerte... ¡Y se lo hice sentir!

Víctor estuvo presente en la paliza y vi sus ojos brillar de placer. Sonrió con malicia, compartiendo conmigo la bronca desahogada.

— ¡Bien hecho, Avelino! —vitoreó, rechinando los dientes de júbilo—. Si a mí me llegaran a tocar mi hermano, yo directamente lo *liquido*—. Remató.

Cuando enfrenté a la Directora y le expuse las razones por las que zurré a Silverio, ella dijo que estaba sorprendida por mi actitud.

—No te entiendo, Avelino —rebuscó la Directora Olga—. Silverio es un chico que vive a los *tumbos* y viene desde muy lejos y de a caballo para aprender a leer y escribir. Y vos que todo lo tenés y, por lo que supe por tu maestra, sos un chico excelente, no deberías dejarte arrebatar por esos impulsos violentos que hoy te descu-

brimos. Debés aprender a dominarte, Avelino — Concluyó en tono de madraza— y me comunicó acerca de la aplicación más severa del Reglamento: quedaba yo a cinco amonestaciones de ser expulsado de la escuela... que cualquier otra tontería similar sería suficiente para que ya no pueda ingresar al establecimiento... ni en ningún otro.

La idea de que podría ser expulsado por “cualquier otra tontería similar” me puso muy nervioso. Todo por culpa de esa bola de grasa — maldije.

Silverio regresó a la escuela recién un par de semanas después. Alicia y él se sentaron nuevamente a conversar y yo no encontraba una buena excusa para poder propinarle unos buenos golpes.

— ¿Viste? —comentó Víctor, haciendo gestos de odio—. Otra vez sentados y juntitos. Pareciera un insulto. Yo que vos me acerco y le pego un buen susto a ese infeliz.

— ¿Te parece, che? —cuestioné, como si no buscara su generosa motivación y fomento a los puños.

—Yo que vos lo reviento —determinó con un simple cruzir de dientes.

Buscando una decidida *camorra* caminé hacia ellos.

— ¿Así que te gustan los mariquitas? — fastidié a Alicia, esperando a que el miserable reaccionara.

Ella echó fuego por los ojos y me dijo:

— ¡Silverio no es ningún marica ¿Sabés?! ¡Es mucho más hombre que vos y que muchos de aquí! —superlativizó en un grito de furia protectora.

— ¡Já! No me hagas reír. Vos deberías salir con alguien como yo, que no se orina en los pantalones como este gordinflón inútil —enfaticé despectivamente.

Él me miró y miró a Alicia. Frunció el ceño, se levantó y se dirigió hacia su aula. Yo aproveché para zancarlo una vez más, —esta vez con una inusitada violencia— y lo arrojé al piso. Ya no me importaba la expulsión.

— ¿Ves?... ¿No te digo que es un gordo maricón que vive cayéndose? —insulté frenético.

El marrano se reincorporó, frotó sus codos y rodillas —los cuales comenzaron a sangrar por las raspaduras— y fue a sentarse a su banco, sin proferir una sola queja (aunque me pareció ver que sus ojos brillaron por unas inaugurales lágrimas).

Desde entonces no volví a verlo en los recreos.

Pero el gran día que se me tenía reservado llegó una mañana en que mi hermano y yo llega-

mos a la escuela mucho antes de que los demás alumnos llegaran y encontramos a Silverio sentado en la escalinata del mástil de la bandera. Éste evitó mirarnos y disimuló su miedo hojeando su impecable cuaderno. No muy lejos, su caballo pastaba atado a un poste.

Me acerqué a él buscando *trifulca* y, haciéndole sentir mi aliento mañanero en la cara le dije, casi deletreando:

—Buen-dí-a, ma-ri-qui-ta.

—Bu... Buen día —tartamudeó él, levantando hacia mí sus inmensos ojos claros.

—Che, decime... ¿Cómo es que un *estudioso* y un *galán* como vos puede estar recién en segundo grado? —interrogué con ironía.

Él bajó la mirada, luego la cabeza. Miró sus manos. Hojeó el cuaderno. Levantó nuevamente la cabeza, me miró y, con un dejo de resignación y una sutil hilacha de amargura, dijo:

—No es lo que yo hubiera querido... pero no tuve ni tengo otras chances.

Esta vez no bajó la mirada. Sus pupilas se fijaron en mis ojos de una manera limpia y pacífica que me produjo cierto grado de vergüenza.

Lo miré detenidamente. Me llamaba la atención su postura de Mahatma Gandhi. Lo miré casi con desprecio y, en ese momento, advertí que debajo de su delantal no traía ni camisa ni remera. Seguíamos solos y, para ridiculizarlo, le ordené:

— ¡A ver, chico sexy y ganador, quítate el guardapolvo y mostrame la *marca* de tu remera...! En una de esas ahí esté el secreto de tu *poder seductor* —agregué con sorna.

Mi hermano, emponzoñado, miraba y reía.

—No... No tengo puesto otra cosa que el delantal —balbuceó y su rostro cobró el color de los crepúsculos.

— ¡Quiero que te lo quites y punto! —bramé con voz de coronel de ejército.

Me miró como si suplicara que le evitara ese mal trago, pero dejó a un lado el cuaderno y, con lentitud, se incorporó y se quitó el delantal. Quedó vestido sólo con su gastado short azul y pude ver que su redonda barriga exhibía una cicatriz que le atravesaba el abdomen. Dicha cicatriz iba desde la boca del estómago, en diagonal, hasta llegarle a la cintura del short.

Quedé estupefacto.

— ¿Y eso? —Señalé la cicatriz.

—Es de una operación. Hace un año me trasplantaron el hígado.

— ¿Un trasplante de hígado?... ¡Pero entonces vos sos un inútil! —Intenté insultar en medio de un tembladeral.

—Hace mucho estuve en una lista de espera y, por fin, el año pasado pudieron operarme —indicó, mirando hacia todos lados, seguramente esperando que nadie más lo viera.

La verdad, confieso que esto despertó en mí una sensación que hasta entonces desconocía: la conmiseración. Lo miré y lo vi con su guardapolvo en la mano... ahora más pequeño que antes. Me volvió a mirar con ojos de Cristo y sus labios no pronunciaron algo que, intuí, quiso decir.

—Está bien. Ponete el guardapolvo y sentate —ordené.

Quedé mirándolo mientras se ponía y se prendía el delantal. Miré también a mi hermano quien, haciéndose el distraído, se alejó silbando una ranchera de Los Reales del Valle. Yo miré de reojo a Silverio y sentí envidia de su piel y de su peinado (Nunca supe si su peinado impecable se debía al uso de algún fijador poderoso o a la falta de champú). Miré hacia todos lados y me detuve finalmente a contemplar el infinito cielo azul que se alzaba sobre el alba que comenzaba a perder su matiz. El día se presentaba cálido. Algunos pájaros cruzaron el aire y se perdieron tras los árboles confundidos de la mañana. De pronto sentí una aguja de dolor instalárase en el pecho. En mi estómago algo subía y bajaba y mis ojos comenzaban a excederse en humedad. Quizá dentro de mi rudeza estuve tratando de evitar la vergüenza que comenzaba a invadirme, calcinando mi abyecta pequeñez.

Me senté a su lado. Él se corrió, haciéndome lugar. Miré sus zapatillas que ya reclamaban a gritos, un relevo, pues sus dedos parecían prisio-

neros a punto de escapar. Recién ahora reparé que su guardapolvo tenía grandes puntadas en hilo blanco, negro en parte, amarillo en otros y que, en varios lugares, estaba zurcido como por una araña ebria; su “mochila” no era otra cosa que la manga de un pantalón de jeans viejo al que le habían hecho una solapa con un botón para cerrarla y la correa estaba hecha con restos de la misma tela.

Y sin querer me subí al ring de la conciencia, trabándome en una colosal y extraña lucha conmigo mismo. Había algo dentro de mí que quería explotar o al menos, ser noqueado. Sentí algo así como un nudo que ceñía mi garganta... o qué sé yo...

Un silencio de muerte envolvió el lugar. Súbitamente los pájaros dejaron de trinar. Todo el mundo se detuvo y yo pude escuchar los latidos de mi corazón y el rumor triste de mi sangre recorriéndome las venas. Estuve así por un tiempo interminable, balanceándome entre mi conciencia y mi orgullo.

En una maceta junto al mástil florecía una hortensia y una mariposa *espejitos* la circunvolaba pesadamente, como si cargara con mi culpa y tratara de ayudarme.

De pronto la vida buscó el calor del sol.

—Perdoname... En realidad nunca pensé que fueras marica —confesé finalmente, con voz débil, casi ronca.

—Despreocupate, Avelino —recuerdo, me pidió con una sonrisa—. Sé que lo dijiste porque estabas celoso de Alicia.

—Es que yo no sabía que vos... —Hice un gesto por sobre mi abdomen.

—Shhht... Nada de lástima ahora —Se apresuró en decir, antes de que yo concluyera la frase—. Estoy cansado de que me tengan lástima. Además, uno nunca sabe nada del otro hasta que no lo conversa. No te culpo. Tal vez si yo hubiera podido pegarte una paliza, lo hacía... y con gusto... quién sabe —añadió, levantando los hombros.

Sé que dijo esas palabras para tranquilizarme. Conjeturo que me vio acorralado y quiso salvarme de mí mismo. De pronto el miserable Silverio me estaba dando una lección de grandeza. Su figura crecía y crecía ante mí.

—Lo que pasa es que Alicia me gusta... y una vez nos dimos un beso —Me justifiqué, mientras hacía en el piso de ladrillos un dibujo imaginario con las puntas de los pies.

—Ya lo sé. Alicia me lo contó. Me dijo también que estaba arrepentida de haber besado a un animal como vos. Yo le pedí que no dijera eso; que debían hablarlo y aclarar. Alicia no me in-

teresa como mujer, sinceramente; ella y yo sólo somos dos buenos amigos.

—En cambio... a mí se me hace que Alicia gusta de vos —insistí, un tanto débil.

—No. A Alicia le gusta que yo no intento llevarme el mundo por delante. Ella es una buena chica, humilde y franca —reflexionó, mientras de un tirón cortaba un hilo que colgaba del ruedo de su delantal.

Quedé en silencio recapitulando sobre lo dicho últimamente, y a lo lejos empezó a escucharse a los demás alumnos que comenzaban a llegar como en tropeles.

Sospecho que aquella mañana no era yo el que estaba sentado junto a Silverio. Era otro. Era otro yo. Otro Avelino. Un Avelino desconocido, con destino de poeta gracias a ese sujeto minusválido que tenía la mirada de un niño de cinco meses.

Súbitamente me puse de pie. Ya no podía más: debía hacerlo rápidamente.

— ¿Amigos? —Le pregunté apresurado, antes de que mis compañeros llegaran y pudieran verme. Lo hice con toda la franqueza que jamás antes experimenté y sentí frío a pesar del clima.

Me miró y percibí en su mirada una paz que nunca volví a ver en ojos algunos. Sus ojos aguantados e indefinidos parecieron sonreír por detrás de su alma. Su boca segura y sosegada se abrió para afirmar:

—Amigos —Y estrechó mi mano con calidez.

Me costó definir esa sensación fantástica que comencé a sentir muy dentro de mí. De pronto todos los pájaros cantaron y volaron de aquí para allá creando una fiesta de plumas. Me sentí tremendamente afortunado y extrañamente feliz. Silverio acababa de arrancar mis cortezas de árbol violento para ahora dar paso al vuelo alegre de los pájaros de mi poesía. Aquella mañana en lo alto de las florestas, lasavecillas trinaron diferentes, pues asistieron a la muerte de Avelino, el bélico... y simultáneamente también contemplaron el surgimiento de las maravillas más importantes del universo: la amistad entre dos personas y el destello inconfundible de la lírica que, a partir de entonces, poco a poco fue llenando mi mundo.

Desde esa mañana y en más, buscaba en los recreos a Silverio —no ya para maltratarlo ni insultarlo, sino para, de algún modo, saludarlo con una seña, un movimiento de cabeza o un guiño, simplemente—. Los dos nos sabíamos amigos, no así el resto del mundo para el que yo seguía siendo el *duro de la escuela*. Los dos nos sabíamos amigos y era lo único que importaba.

A mi nuevo camarada lo vi un par de semanas más... hasta que un día dejó de asistir a la escuela.

Los días fueron transcurriendo sin que éste asomara y sentí curiosidad y angustia por la ausencia de aquél que una mañana cualquiera me aceptara como **amigo**.

Los Directivos de la escuela desconocían las razones de su ausencia.

Mi corazón me exigía que lo buscara. Una charla, mates de por medio de pronto era una urgencia en mí. No quise esperar más, así que averigüé cómo llegar hasta donde él, tomé mi bicicleta y salí a buscarlo. Me adentré por un interminable y serpentino terraplén hasta llegar donde supuse, sería su casa. Golpeé las manos. Me atendió una señora con marcado desaliño. Le pregunté por la casa de Silverio Quintana y me indicó un ranchito a orillas del monte.

—Don Quintana debe estar en el obraje — comentó la señora—. Ahora que se le murió su único hijo y compañerito, dice que quiere juntar unos pesos y mandarse a mudar de aquí.

Esas palabras fueron campanadas atroces que me dejaron aturdido. No lo podía creer. Intenté pensar que se trataría de un error.

— ¿Qué? ¿Está diciéndome que... Silverio murió?

—Y sí. Pobrecito... encima de que ya era guachito y vivía solo con su papá, algo le cayó

mal... una pataleta al hígado y murió —explicó la mujer en su lenguaje rudimentario.

La mujer continuó hablando, pero yo ya no la escuchaba. Un martillazo en mi cerebro me trasladó a otra dimensión. Como pude bajé de la bicicleta, la dejé al costado del camino, salté una cuneta, crucé las alambradas delimitantes y me dirigí al rancho. Entré. En las semipenumbras de la pequeña habitación vi el armazón de una cama hecha de palos con horquetas y tacuaras y un bollo de frazadas viejas apiladas encima. El olor a humedad despedía un vaho rancio. Colgadas de un horcón vi una vieja cacerola, una pava pequeña y una sartén; en un lazo atado al tirante del techo, de un extremo al otro, estaban sus ropas colgadas por el medio; era una suerte de “ropero” primitivo del que colgaban como harapos el símbolo de una vida sombría, ahora más miserable que nunca; colgados de un gancho, sujeto en otro tirante reconocí el guardapolvo amarillento y también la “mochila” portacuadernos hecho de retazos de un pantalón de jeans viejo y dentro, el impecable cuaderno Gloria, de tapas anaranjadas.

La cabeza y el estómago me daban vueltas como si estuviese en una calesita involuntaria.

El guardapolvo me lo guardé. Tenía un legítimo derecho a hacerlo; al fin y al cabo su dueño era **mi** amigo... un amigo que me nació una mañana y se me desvaneció como el rocío antes del

mediodía de la vida. Traté de imaginar su rostro y mi memoria se encontró con su mirada íntima y limpia, sosegada y lejana... ahora más lejana y triste que nunca.

En la morada precaria y menesterosa no había más... o no vi nada más. Se me nublaron los ojos y salí moqueando y regresé a casa desgarrado por mi primer gran dolor: la pérdida de mi único y verdadero amigo.

Los años transcurrieron con sus encadenamientos hacia lo definitivo y fatal con esa cadencia propia que huele a eternidad y, una noche de verano en que nos encontrábamos tomando una cerveza nostálgica con mi hermano Antonio, me preguntó:

—Che, Avelino, ¿Vos te acordás de Silverio, aquel gordito que...?

—Sí, claro ¡Cómo no me voy a acordar! — aseguré un tanto melancólico— ¿Qué hay? — curioseé por la repentina pregunta.

—Bueno... —suspiró, bajando la mirada— no te lo pensaba contar nunca, pero pienso que no sería justo que yo hiciera eso. La verdad me carcome la conciencia... y sabiendo cómo sos vos, todavía más.

—Andá al grano —pronuncié, con la remota esperanza de que...

— ¿Te acordás de aquel día en que me encontraste llorando bajo el alero de la escuela?

—Sí. Recuerdo vívidamente aquel día: Silverio te había cacheteado y marcado la cara a golpes... Y yo se lo hice pagar —resalté.

—Bueno, aunque me dé vergüenza, te tengo que confesar: aquella vez que me encontraste llorando fue Víctor quien me había *fajado*... y bajo amenazas me obligó a decirte que fue Silverio.

JARDÍN DE CRISTAL

“El hombre es una criatura infernal
revolcándose en su fuego,
en su miseria y en su gloria.”
Raavenu 24; 3

Amigo que me escuchas, esto que voy a narrarte pertenece a mi época de inmortal. No negaré que aún me invade un sofoco color vergüenza, pero de igual manera, lo haré. No espero tu condena ni tu absolución, ya que la vida se encargó de todos esos detalles.

Ahí donde estés, descorcha un vino y brindemos por los viejos amores... por las viejas amistades y por los años sin muerte.

Contaba yo con diecisiete años cuando vivía en Makallé, un pueblo pequeño de la Provincia del Chaco, era joven y creía en la belleza y la idea de muerte estaba lejos de mí, como las estrellas secretas que conforman mi nombre, ya que era inmortal y *la huesuda* era algo que sólo asechaba a los demás.

Con esas ideas extrañas convivía en mi adolescencia y fue cuando en mi pueblo, como todos los eneros, llegó el “Mendoza Park”, un parque de diversiones, el cual era una verdadera fiesta en sí mismo. Sus luces y su música parecían expandirse por todo el universo, llenando de una extraña emoción cósmica tanto a los pueblerinos como a los campesinos que acostumbraban

asistir, la noche de los sábados, a buscar una tregua a su cotidianidad de sol y fatiga.

Recuerdo que el día en cuestión estuve en un bar con mis amigos Víctor, Fabián, Gregorio y mi hermano Alfredo, cuando simultáneamente nos surgió la idea de visitar el parque. La decisión unánime fue un cerillazo encantador y hacia allá nos encaminamos.

Llegamos.

Las luces dilapidaban sus rayos horadando la noche musical y nosotros nos detuvimos a pasos de la entrada. Los múltiples juegos eran visitados por niños, adolescentes y adultos. En el altoparlante la música mágica de Los Reales del Valle sobrevolaba bajo las estrellas... y *El ratón caramelón*, sin Plácido, se enredaba en las telarañas de los sueños.

Mis camaradas y yo habíamos llevado una lata de cerveza cada uno y la disfrutábamos en la noche estival. Reíamos como conejos sueltos en una plantación de lechuga cuando de pronto presentí una mirada en la nuca. La insistencia de esa sensación hizo que imprevisamente tornara la cabeza y sorprendiera a una jovencita, sentada detrás de uno de los mostradores semicirculares donde esa noche debería funcionar el juego del *tiro al pato* , mirándome. Me sonrió como una tonta. Yo, por escapar del posible error, volví la cabeza hacia mi grupo y pregunté:

—Che, la minita esa... ¿A quién sonrío? ¿A ustedes o a mí?

—A nosotros no, Avelino. Te sonrío a vos — aseguró Fabián.

—Sí, boludo. Es a vos —reforzó Alfredo, mi hermano.

—Esta noche puede ser tu gran noche, Ave ¡Andá y encarala de una! —remató Víctor, sonriendo y mostrando su dentadura blanca y perfecta como nuestros días.

Carraspeé. De pronto me sentí un émulo de Brad Pitt. Me sentí poderoso en mi pequeño y musculoso cuerpo... y toda la arrogancia del planeta se instaló en mi cerebro de seductor tenaz.

Volví la cabeza y otra vez ella clavó sus enormes ojos negros en los míos. Un estremecimiento triunfador me vistió de gala. El corazón mío de pronto estuvo envuelto en un celofán criscante y caliginoso.

Bisbiseamos algo con mis amigos, volví a mirarla y su sonrisa, finalmente, me decidió. Bebí de un sorbo lo que quedaba de cerveza, apreté con fuerza la lata vacía y ésta cedió débil entre mis dedos; la eché junto a mis pies, la pisé y sentí que estaba apto para aplastar cualquier cosa en la vida. Y así me dirigí hacia ella.

— ¡Hola! ¿Cómo estás? Me llamo Avelino ¿Y vos?

—Hola —respondió—. Me llamo Elizabet.

—¿Elizabeth? ¡Qué nombre tan poético! ¿Sabés que se me representa en la mente la “Te Hache” al final del nombre?

— ¡Ja! El mío es sin hache final –corrigió.

— ¡Qué contrariedad! Justo me vengo a encontrar con alguien que en su nombre me deja cierto vacío mental... como una bella sonrisa a la que le falta un diente —le pareció gracioso y rio.

En ese momento no me percaté de que el cosmos me había dado una señal. Si hubiese sido más perspicaz, me hubiese llamado a retirada, pero no... yo avancé... yo osé mirar sus pechos que asomaban por el amplio escote de su blusa roja y quedé prisionero de tamaña voluptuosidad.

— ¿Aceptás salir conmigo e ir a uno de los juegos? ¿*La montaña rusa* te gusta? O si preferís *La rueda del mundo*... ¡A mí me encanta esa!

Ella me miró a los ojos escrutándome con ternura y sonrió nuevamente.

—No, Avelino. Estoy bien aquí —pronunció con un dejo de resignación.

—Dale, Eli, animate —me hice el *canchero*—. No seas mala. Vamos a uno de los juegos y volvemos.

La miré casi suplicante. Yo más que nada no deseaba la humillación de “rebotar” en mi primer intento de conquista de la noche. Mis ami-

gos eran implacables con las cargadas del fracaso.

—Está bien así. No quisiera que me lleves y luego me abandones por ahí.

— ¿Abandonarte yo? Debés estar bromeando. Jamás haría algo así con una belleza como vos — arremetí.

Respiré profundo y la miré desvergonzadamente. Y juro que describirla escaparía al pobre lenguaje de cualquier hombre. Tenía ella los cabellos tan renegridos y brillosos como carbón recién partido al medio; sus ojos condensaban todas las noches de mi vida y sus pestañas arqueadas eran el firmamento de mi destino; su boca era roja como el fruto maduro y jugoso de un ñangapirí... y su rostro tenía la tersura y la perfección de un huevo de avestruz. Sí. Era exageradamente hermosa y yo me sentía realmente estúpido ante tan magnánima beldad.

Las rachas de un vientecillo removieron sus cabellos y yo fui un náufrago de la noche. Y la noche reía de mí, confundiendo alegría y desazón en un abrazo mortífero.

—No bromeo. Tengo miedo de que me dejes *plantada* por ahí.

—Prometo que por nada del mundo te dejaré "*plantada por ahí*" —remarqué adrede.

Sonrió y un dejo de melancolía bañó su rostro.

—No. Definitivamente, no, Avelino —atinó a balbucir con tanta debilidad que su "no" fue casi

un inaudible y débil “sí” al que había que ayudar con decisión de *macho alfa*.

—Venite conmigo —articulé seguro y tomé su mano que, lánguidamente jugueteaba sobre el mostrador.

Ella cedió y con elegancia de princesa bajó de lo que sería una banquetta fina y alta. La saqué como si pescara un sueño liviano y grácil. Levanté la cabeza y miré a mis amigos y me pareció ver en sus ojos el estrago de la envidia. Ahora sí me sentía lejos de la muerte y muy cerca de la gloria.

Caminé muy derecho de su mano y enfilé hacia el centro del parque, sacando pecho más de la cuenta. Fue después de varios pasos que me di cuenta de que mi bellísima acompañante, al caminar, me daba pequeños tironcitos. Giré la cabeza y la vi venir tras de mí revoleando sus piernecillas secas y delgadas como palos de escoba; caminaba como un pájaro de patitas lastimadas, zarandeándose grotescamente; su desproporción y torpeza eran tal que toda la gracia que le viera antes, desapareció. Elizabet tenía las caderas secas como seca tenía ahora yo la boca. Desde la cintura, la parte inferior toda era un desbande. Y nos miramos y yo en ese instante creí ver un río de angustia en sus ojos, en los cuales dos luces gemelas brillaron tibias. Y el poderoso reflector de la jirafa derramaba sus rayos blanquecinos creando una impenetrable

cortina de luz... pero yo levanté la mano y fingí saludar a un amigo del otro lado del haz y me volví a Elizabet y le señalé:

—Aguantame un cachito, Eli... Saludo a mi *compa* y vuelvo —mentí descaradamente y salí corriendo hacia la oscuridad irresoluta, al encuentro de ese amigo imaginario que acababa de salvarme.

Así dejé a Elizabet (sin hache) en medio del concierto, quizá un desconcierto ya conocido por ella y jamás volví al parque. Y no volví a ese lugar por temor a encontrarla y que pudiera mirarme y que en sus ojos pudiera descubrir mi vileza y cobardía; mis harapos y las hilachas de mi cadáver.

Desde entonces, en la hondura de aquella noche que debió ser divertida, perdí mi inmortalidad y comprendí que hasta nuestra sombra nos abandona cuando entramos al templo oscuro del remordimiento.

Las raíces del sol no volvieron a bañar mi isla transparente en esos días, pues no lograba quitarme de la mente la mirada conmisericordiosa de aquella joven hermosa y desgraciada que se *jugó* en salir conmigo y con la que yo fui muy poco hombre al abandonarla al ver su capacidad cabalgando en el potro brioso de mi pavor... ¿Por qué no me *banqué* y no la llevé a uno de los juegos y luego la traía y la dejaba donde la había hallado y me salía con altura de aquel entram-

pado? ¿Por qué no fui capaz de regalarle veinte minutos de felicidad? —Me preguntaba una y otra vez—. Recordé sus labios, su mirada, sus pechos desafiantes y me sentí un colibrí ante un jardín de cristal del cual no podría libar las mieles del amor, sino su ruina.

Habrían pasado un par de semanas cuando una mañana me encontré con Víctor. Sonrió ampliamente al verme.

— ¿Qué hacés, loco? —Me saludó festivo... y lo primero que recordé fue: — ¡Qué calor pasaste la otra noche, ¿no?!

— ¡Uh, sí! —Acepté, ruborizado.

— Che, yo pensé que vos sabías que la mina era *calenga*.

— ¿Qué? ¿Vos lo sabías?

—Claro. Todo el mundo lo sabe. Todos conocemos a esa *cachivache* como “La renga de la Colonia 54”. Tuvo *poliomielitis*, creo... Hermosa minita ¿pero viste qué monstruito cuando camina? Ja, se desarma toda la pobre.

—Conque lo sabías, ¿eh?... ¡Sos un hijo de puta, Víctor! ¿Por qué no me lo advertiste? ¿Qué clase de amigo sos? —proferí.

— ¡Ja, ja, ja! ¿Por qué? ¿Para qué? Estuvo divertido verte haciendo de galán. Nos cagamos de la risa mientras vos la encarabas —rio y sus dientes semejaron la empalizada de mi conciencia. Se carcajeó y eso me molestó. La burla fina y

corrosiva me llenó de ira y fue lo que me empujó a que descargara sobre su boca tal trompazo que lo derribó como a un árbol podrido y quedó como muerto, de cara al cielo. Yo froté mi puño derecho que punzaba su dolor y me marché furioso por haber perdido la oportunidad de ser inmortal. Me marché hacia mi isla revuelta y sin sol, perseguido por los perros de mi pobre pobreza. Y no me preguntes, amigo que me escuchas, por qué lo hice, ya que hasta hoy no he hallado una mísera respuesta. Lo cierto es que me alejé confundido del lugar, intentando diluirme y olvidarme de todo.

Elizabet sin hache, dondequiera que estés, perdón.

FERNANDO BRAVO

ALIVIO

Regálame tus promesas incumplidas,
Todos aquellos perdones no dichos,
O esas palabras silenciadas,
Pero no me cuentes los motivos.

Envíame de a poco tus olvidos
tus rencores, recelos y desvaríos.
Aquel inmenso dolor que se parece al mío
pero conserva en secreto la razón de lo sufrido.

Despósate en la noche con la luna de testigo
que se hará presente el milagro
de dos cuerpos y el rocío
cuando se engañen los duendes
por creer que ha amanecido.

Desvístete de las culpas
¡todos somos culpables!
Sácate las mentiras
que no te harán falta.

En fin, quédate conmigo
sin más nada que la vida
que ya el día vendrá
a punzarnos las heridas.

ELEMENTAL

Por esta voz de barro
raída hiel y dolor pájaro
mi calor arrebatado
y mi melena de aserrín
eligen tu tierra como reparo
y tu sabor ñangapirí.

Por esa agua distante
fresca miel y cuerpo etéreo
tu calor aclimatado
de ríos huidizos y eternos
que van de la playa a lo profundo
y me dejan tu humedad sin tiempo.

Por esta ronca soledad
áspera de sueños y quietud
un dolor arrugado
y versos por virtud
son la ofrenda de mis manos
para tu luna azul.

Por esa voz sin miedo
Aguja y Temblor de dictadores
una palabra enlutada
por amor a los dolores
de aquellos que esperamos
para beber de tus amores.

Es por eso que nos juntamos
cuando ya nadie espera nada
porque dio rabia el silencio
cuando nos fuimos buscando
y es menos dura la herida
porque nos encontramos.

DIGO...

Digo vida y la palabra nace.
Digo camino, y me lleno de distancias.
Digo madre, y el cariño acude, inconmensurable.
Digo agua y se me antoja un río
y todo se inunda de esperanza.
Digo árbol, y escucho trinos
y me vuelvo siesta, pombero y niño.
Digo ciudad, y tengo frío
y por momentos... siento angustia de estar vivo.

VACILACIÓN

¿Qué buscas niña de labios calientes?
No quieras morder mi tristeza
recuerda que hay luces traspasando las rejas
y puede tocarte mi moreno carnaval.

No vengas a llenarme y llevarme.
No te escurras en un jueves azul,
que la brisa no por ser amarilla
tiene menos pasión que la flor.

Somos bocas enojosas.
Sombras de sombras mojadas
en una lluvia de caricias.

Somos almas golpeadas
en una esquina borracha
que se besaron con luna
cuando se apagó el amor.

No tengas, entonces, mala intención
dame tus pechos y tus lágrimas
que mañana hallaremos licores
en lo que hoy sabe a dolor.

PERO NO TU VOZ

Perdoname, amor
las veces
que me ahoga la razón.
Las horas que el día
me arrebató de tus manos
Los momentos que escucho
mil palabras...
pero no tu voz.

Perdoname amor,
la noche en que la espera se burló de vos
los instantes en que la vida
se disfraza de obligación
todos los minutos
en que la sombra de otras sombras
me separan de tu luz.

Quiero decirte amor
que enmudezco
ante las huellas de amor
tatuadas en tu vientre
ante el surco de cariño
que te adorna la mirada
ante la virtuosa postergación
de tu propio bienestar.

Mi amor, sabés darme
tu pureza en cada cosa

en cada pan viene tu estrella
en el agua tu verdad
en la camisa la alegría
que no sé recompensar.

En la mañana la luz.
En el café melodía.
En la siesta el valor
de aguantar el día
y en la noche el poema
de tu esencia femenina.

El fruto del amor
es como vos:
estrella, pan, madera
diurna y nocturna eternidad.

Y yo...
la sola razón del descontento
la culpable herida
del amor en llamas
la necia ciencia del que se busca
y no se puede encontrar
y no se puede encontrar
y no se puede encontrar.

ROMANCE ORILLERO

Los ojos titilando en la noche
en un abismo de estrellas
mordida de mosquitos y dolor
picada de amor que desvela.
Los pies heridos de la luna
arrastran pasos de pena
para cuidar la pobre cuna
trajina una noche morena.
La mañana la viste de luz
y soles en el pecho
para ganarle al sueño
se llenan de leche y silencio.
El pan de las orillas
sabe amargo en el viento
cuando tiemblan viejos sauces
tiritando tanto invierno.
Las lágrimas de la costa
saben de sus trapos sombríos
de su trabajo mal pagado
y la arena en los ojos del río.
Florcita de los márgenes
agüita de lluvia villera
herida social que lastima
canción de cuna orillera.
Tu heroísmo de tierra
madrecita temprana
bajo llaves de piedra
guarda una esperanza.

TONY ZALAZAR

HISTORIA DEL PAN DE AYER

seré todo lo humano que se siente ser al dar de comer a otro humano al costado de mi basura de los restos de mi propio pan

Franco Rivero

Al pan de ayer
tremenda patada
le daba mi hermano
una volea justa y elegante
que lo impulsaba
pérfido
hacia el arco mío
y si era galleta
nadie podía atajar su disparo
nadie lo detenía
porque él
con jueguitos lujosos te distraía
tiraba al cielo la galleta,
la paraba de pecho
un golpecito de rodilla
otro de empeine
y puuum el balinazo impío
que bifurcaba al pan
que lo mandaba por caminos
confusos
y lo alojaba al fin
en el fondo del patio.
Dos goles al mismo tiempo te hacía
y de rodillas en la gramilla
mirando el cielo sucio
festejaba su triunfo.

No era cierto el poema ese en que papá
desmigajaba al pan de ayer
para dárselo a los pájaros.

El abuelo era quien encendía ese pan
en medio del patio
y entre ramitas secas y un pasto rubio
le daba al fuego
su alimento
y el fuego,
como siempre querendón
se abrazaba al pan y lo apretaba,
lo empretecía y le hacía cosquillas en la panza.
Y de la panza, como alma que se elevaba
un humo blanco le brotaba
al pan
un humo blanco que el abuelo blandía
contra la nube negra
contra el corazón recurrente
de la nube negra
contra ese corazón oscuro
hendía el abuelo su nube blanca
y desangraba así la demasiada sed
que la mosquitada
toda
nos tenía.

No lo usaba para convocar pájaros.
Lo usaba para ahuyentar mosquitos.

No era cierto el poema ese en que el abuelo

quemaba el pan de ayer
para ahuyentar con humo blanco
la humareda negra de mosquitos.

Mamá era quien lo agarraba
y en rodajas
suavemente
lo arrimaba a la corona de fuego
al calorcito ese que le daba color
que lo volvía oscuro
reseco y crocante
que lo alistaba
para el aleteo del cuchillo
que untaba
con manteca y miel
un renacido sabor.

Reanimaba mamá al pan de ayer
y lo servía como un cuerpo nuevo.

Era mentira el poema ese en que mamá

tostaba el pan de ayer
y lo servía con manteca y miel.

La abuela era quien tomaba ese pan
lo envolvía en su pañoleta
y lenta lo llevaba
a lo oscuro de su pieza,
lo entenebrecía así
como a esos frutos verdes
que la tormenta echa
o que los chicos traviosos
arrancan porque sí
y necesitan tiempo a oscuras
para madurar.

Ella lo guardaba en el vientre de su mesa de luz
y con el pan envuelto entre los zapatos
aguardaba que madure el día
y en el portón resuenen
golpecitos de mano
de esos chicos
de la calle
que piden
su pan.

No mezquinaba la abuela el pan de ayer
lo resguardaba para dárselo a los pibes.

No era real el poema ese en que la abuela
resguardaba el pan de ayer
para dárselo a los pibes.

Éramos rapaces
y al vuelo entrábamos a la cocina
a despanzurrar la bolsita
que pendía del clavo.

Qué iba a sobrar un pan
ni media miga
salvaba
su vida
de nuestra infancia rapaz.

Si la poesía fuera un pan de ayer

un pan al que le queda poca vida
y reclama tu extremaunción...

¿Habría que hacer qué
con su resaca atroz?

¿Trozarlo para el buche de la lírica
que eleva al paraíso lo fugaz?

¿patadas lúdicas habría que darle
en pleno hígado moral?

¿Desatontarle así el humor mortificante?

¡¿Qué?!

¿Usarlo de proyectil ante la sed
de aquellos que desean nuestra sangre?

¿Socializarlo en pequeña espiración
en hálitos de tos blanca?

¡¿Qué?!

¿Evaporarle la humedad, la esperanza
el sueño

en un solo bocado de fuego?

¿Quitarle muerte de qué manera?

Si la poesía fuera un pan de ayer
un pan al que le queda poca vida...

SANDRA MEZA NIELLA

REVERDECER

Alguna vez anduve los caminos
vestida de miel y de palabras
las huellas en la arena daban cuenta
de los muchos sueños que cargó mi espalda.
De a poco fue llegando el necesario otoño
con la muda feroz, sin precisar tormenta
y en la desnudez extrema del invierno
hallé de nuevo unos versos entallados
una bufanda de metáforas de lana.
Supe beber de una sopa de ficciones
el chocolate caliente de una canción añosa
me calcé un sobretodo que ajustaba
con su abrigo mi impericia y mi nostalgia
esa vil paradoja del todo/nada...
Ya no preciso mochilas estridentes
ni lentes que horadan páginas tristes...
hoy ando así, con las prendas magras
el pelo recogido, el alma errada
el verano fue fugaz
ni lo recuerdo...
Es casi septiembre en estas latitudes
y del silencioso caminar por estaciones
de despojo, desabrigo y de mudanzas
otra vez, irremediabilmente
desandaré un equinoccio de palabras.

DESCALZA

Es caprichoso el camino de la duda
es insondable el horizonte de certezas
voy caminando sin sandalias la distancia
es débil la huella que alberga la playa
la efímera marca de mis pies descalzos...
Tal vez porque avanzamos sin saber a dónde
al norte la fama
la sabiduría al sur
el amor al este
el estigio al oeste
como ineludible puerto después de sus aguas...
No importa si la sombra es casi imperceptible
cuando el sol nos da en la cara
finalmente nos cubre como un manto
que repara y ordena...
Somos caminantes solitarios
en medio de multitudes
pregoneros de luces artificiales
en los atardeceres
vendedores de viento
cazadores de palabras
una brizna de pasto
un cirio en la noche
un vaso de nostalgia
una sed errante
un trago
una voz
después, nada.

VOLVER

Es muy sencillo volver de la diáspora
reconcentrarme de vértigo del mundo
con la suerte de un náufrago en la costa
de una isla muy remota.
Es fácil dejarme inundar de un sol de abril
que apenas acaricia mi nostalgia...
El resto de los días del año
seguramente
será la prisa, el trabajo el desconcierto
las noches de mutismo y de sollozos
las tardes de las risas sin sentido
los niños que dan vuelta la casa
el corazón mismo
los libros, los mates, la pantalla
muy temprano, el silencio sagrado de todas mis
mañanas...
Hoy es sencillo volver a mí
de todas partes...
De los bueyes perdidos, de Mantilla
de Macondo y del lejano Buenos Aires...
Hoy estoy aquí
en este sitio
hay un aire de pequeña compañía.

INCIERTO

A Alexandra Rey

Puede ser de arena o de agua
tal vez de viento...
Puede que la turba de recuerdos también ahogue...
Puede que todo en el mundo sea tormenta...
Quizás el aire que falta en la boca de los muertos
sea el que consumió la llama de la pasión interna...
Tal vez el dolor no haya sido solo un momento
quizás era un alboroto constante en los pensamientos...
No sé...la única certeza que tengo es mi desconcierto...
Tal vez ahora que arrecian las palabras
y golpean la puerta del escarnio
siento que el vendaval se llevará la casa entera
por delante...
Tal vez no sea de arena ni de agua
ni siquiera de viento...
Tal vez es sólo en mi mundo esta tormenta.

REFUGIO

Con una de cal y otra de arena
cimentaré la casa de mis días
las primeras blanquearán las penas
las segundas drenarán las consabidas alegrías...
será mi casa refugio de mis noches
decantará su tiempo de calladas letanías
sobre una piedra gris, levantaré los muros
será de verdes y amapolas
será de acacias amarillas...
sobre una de cal y otra de arena
se alzaré la ventana

y me traerá el río su voz enronquecida
me contará mi origen de barro y de saliva
y pintará mi boca con mojada lejanía...
mi casa tendrá techo de luz y cielo abierto
prenderá cada noche mi lucero entumecido
alumbrará con poco brillo
una pequeña estrella traída de mi pueblo
un patio de tierra con huellas de una niña des-
calza...
sí, será muy amplia la casa de mis días
allí las tardes con su voz de monte
arrullarán mis sueños
acallarán mis miedos
me harán dormir y despertar

hasta sacar de mi garganta
el sabor de la agonía.

BALSA DE PAPEL

El viejo río que corre sobre las costas mojadas
inventa una nueva caricia de piedras lisas y espejos
remonta con su bravura los temores de los viejos
y en su remanso callado acuna los sueños nuevos...
Moja mis ojos su imagen y me hunde en el silencio
no existe nada entre el aire
el río, el sueño y el cielo...
solo cabe mi figura recortada sobre el suelo...
me habitan otras palabras y otros seres que
se fueron
me pintan otros paisajes hartos de soledad y desierto
yo busco selvas y ríos
torrente remanso y vuelo...
nada despoja mis alas
nada me impide ir lejos...
el río moja la costa y se aleja entre tropiezos
va remontando una balsa
con palabras
con silencios
alternados como juncos y ordenados como versos.

OTOÑO

Las largas exequias amarillas
desfilan en la ciudad esta mañana
un cortejo silencioso que se mece
en la copa de los devotos fresnos correntinos
es un resucitador serial nuestro verano
no alcanzamos a llorar su fresca ausencia
y ya vuelve furioso un par de siestas.
La ciudad reverbera junto al río
que acompaña ambarino y murmurante
este duelo interrumpido del estío
que lleva adelante la parodia de su muerte
y su largo funeral de abril y mayo.

FINAL DE BATALLA

Claro que cabalgan los potrillos
con paso firme sobre la planicie
y es más claro el horizonte
de roja intemperie
y salada mansedumbre
todos cruzan el aire y se lo llevan por delante
como inasible telaraña.
Todo alrededor es masacre
todo alrededor se mancha de sangre.
Yo estoy sentada sobre mi cabalgadura
inerte ella
inerte yo.
Afuera el viento
adentro el viento
una confluencia absurda y antagónica
ya no puede ondular los trapos
he depuesto mi bandera
hilachada de ignominia
estoy malherida de olvido.

ORACIÓN

Como un pintor buscando el pulso justo
al conjugar el trazo y los colores
como el silente monje busca el sitio
donde encontrar al Amor de sus amores
como el navegante revuelve entre sus mapas
y el astrolabio calma sus temores..
como un perdido caminante busca el rumbo
y se pierde otra vez entre sus dudas...
como un número caído de la tabla
que busca en Pitágoras la ayuda..
como un niño, el calor de madre, ausente..
como quien draga los ríos y las voces
como quien cuele el pasado y se desgaja
como quien abre una tinaja seca
como el que quiere robar el mar a la caracola
y aquel se esconde en su rumor de olas
como quien escribe y borra el presagio incierto
y teje sin hilos una manta inocente...
yo busco el verbo, busco la línea
busco dibujar mi alma tras tus lentes
en dos o tres palabras yo me busco...
para encontrarme y encontrarte
para encontrarnos, definitivamente.

X

Cuando el pecho se inunda
cuando las palabras ahogan
cuando las lágrimas no superan
la esclusa de los ojos
cuando la garganta se cierra,
la poesía es traqueotomía.

**PASCUAL
NÚÑEZ IBARRA**

ABEJAS EN LA CABEZA

Los recuerdos reflorece
al llegar la primavera
se dejan mojar por el rocío que coronan las flores
y por el airecillo que produce
el vuelo de unas abejas.

Las caricias de una amazona
que nacieron y murieron en la etapa del dolor
hoy son fantasmas
que quieren librarse en llanto.
Pero no las dejo.
Conforman el rostro de mi sentimiento.

Las risas que compartíamos
jamás adivinarían que nos distanciamos
como pájaros cuando le destrozan el nido.

Luego, mi andar es penosamente alegre.

Un amigo que pasa por la calle
extrañado me pregunta
¿Qué te pasa, Avelino?

Yo contesto
Nada, chamigo.
Tengo abejas en la cabeza.

EL CAMINANTE SIN AMOR

Las baldosas quebradas
crujen en los pasos de aquel que
sin aliento quedó.
Los zapatos sin lustrar
es el reflejo de su vida
llena de sinsentidos
y sin porqué.
En sus bolsillos
tiene monedas sin valor
para un colectivo fuera de circulación.
Su camisa negra
ha quedado grisácea
de tanto baño de sol.
En su mente sólo lo conduce la labor sin interro-
gantes
ha abandonado la filosofía porque
no le responde lo que quiere saber.
Ha perdido la noción de hogar
desde que se lo han destrozado
y no lo puede reconstruir.
Es el caminante sin amor
que condenado por Dios
vive sin vivir porque se ha secado su cuerpo.

PORQUE TÚ ESTÁS

Miro tus ojos
ahora que frente a mí estás
río con serenidad
irritando mi amargura
enterrando mis tristezas
lapidando mis pesadillas
ahora porque tú estás.

Porque tú estás
el mundo es más hermoso
y me siento dichoso
al saber que tú me quieres mirar.

Porque tú estás
se ha llenado el vacío
de ese espacio lleno de nada
y ahora lo contiene todo.
Un todo que sólo contiene lo bueno
y en sus labios una metáfora
que se gesta como una estrella.

Sólo porque tú estás
el aire es respirable
y el agua es bendición
porque eres sinónimo de vida, alegría y canción.

ALGUIEN

Paseante del tiempo

abriga sus lágrimas con una canción
avizorando la estéril tierra
vana como su existencia.

Solitario como el sol del abismo

envuelve su silencio en él mismo
caminando monótono, sin sentido.

La amargura es un frío que lo quiere res-
friar.

Una melodía sombría se acerca
invitándole a beber cerveza.

A él no le importa embriagarse
no tiene que esperar sobrio a nadie.

La excavación de su identidad
olvidada está.

A veces se ocupa de seguir tallando en su
lápida

“aquí yace un alguien quien vivió para nadie.

No interesa.”

EN EL SILENCIO DE MI RELOJ

El silencioso mecanismo del reloj
va convirtiendo mi piel en humedad.
La gente se envuelve en sus risas
en su andar rápidamente tranquilo.
Los signos interrogantes
toman forma de puñal en mi pensar.
Las tazas de café
van creando un coágulo de mil kilos en mi estó-
mago.

Mi reloj cobra vida
mi piel se hiela
la gente vuelve a caminar como siempre
mi mente se torna almohada
el cuerpo no me pesa...

¡Por fin llegaste!

**MÓNICA GRACIELA
ESCALANTE**

LOBO

Te vistas presurosa, te cambias mil veces
estos zapatos sí... este vestido no
te decides al fin... un short corto
un top bordó
rebotante de juventud
sales a enfrentarte al mundo
luciendo tus frescos diecisiete.
Tu madre te observa orgullosa y pensativa
“¿Cuándo fue que tanto creció?”
Alguna vez de chica sobre el cuco te contó
para que durmieras la siesta en los días de calor.
El cuco imaginario en lobo real se convirtió
acechando está, agazapado
quién sabe en qué rincón
exhibiendo mil rostros
deseoso de extraer tu frescura y tu candor.
¡Mundo loco! ¡En una hostil selva se convirtió!
Medianoche en la disco, recibes un mensaje
es mamá “¿Todo bien hija? ¿Dónde estás?”
Contestas de mala gana: “Sí, ma”.
A las seis de la mañana tocan a la puerta
ansiosa... desvelada, corre ella.
Al verte, sonrío y te abraza
pensando para sus adentros: ¡Volvió!
Otra noche más... ¡Gracias a Dios!

AMOR ADOLESCENTE

Amor adolescente
amor de niña, amor inquieto
amor pasional... puro desenfreno.
Avasallante, vehemente
del ahora... ¡Ya!
Del que no puede esperar.
Amor auténtico... mortal
de esos que derriban barreras
vallas y escollos.
Puro, bello e impoluto...
Urgente de besos
urgente de piel
así es este amor...
¡Lástima! Sólo pasa una vez...

INÚTIL

“¡No te atrevas!”
Le dijo
pero la bofetada
vino igual...
Luego fueron
uno tras otro los golpes
que Lidia tuvo que aguantar.
“Está nervioso.” Decía
“Es un buen hombre.”
Lo justificaba...
“Ya se le va a pasar.”
Los golpes nunca cesaron.
Dolor...
Dolor para el cuerpo
dolor para el alma...
El último de los golpes
certero... mortal...
Lidia descansa ahora
¿Descansa en paz?...

TE ESPERO

Vos, que no fuiste
pero pudiste ser...
Vos, que pasaste
por mi vida una vez...
Yo, que en tu vida
no pude ser
pero aún sigo esperándote.
Guardadas tengo pasiones
intactas bajo la piel...
Por despertar esperan
sueños de amor por doquier.
Un torrente de caricias
un mundo de “te quiero”
A vos... a vos que no fuiste
por si alguna vez deseas volver.

INEVITABLE

Ilusión despiadada y voraz
te apareces en mis años
y horadas mi vida.
Hiendes en surcos mi frente
y deshojas mis cabellos
desciendes por mi escote
engrosas mi cintura
mellas mis manos
antes suaves, blancas y lozanas.
Palideces mi agrietada piel
exprimes mis ojos ¡cruel!
Corroes mis huesos, lentificas mi andar...
Te metes en mis sentimientos
mutilas mi memoria y mis recuerdos.
Te empecinas en aplacar mis pasiones
haces crujir mis emociones
burlándote de mi mal.

¡Inexorable paso del tiempo!
¡Macabro, implacable... feroz!
Congela mi mirada al fin
petrifica mis sentidos
hacia la nada... ¡justo ahí!
Detiene mis latidos
despójame de ésta:
mi desgastada alma
y luego... déjame allí
muda, anacrónica y olvidada...

DESENGAÑADA

“Ya no te quiero”
dijiste, y me sentí desvanecer
sin poder articular palabras
apenas murmuré: “cómo pudo ser...?”
“Que el desgaste”, “que los años...”
Algo de eso escuché.
¡Tanta opresión en el pecho!
¡Qué difícil fue!
Clavado el puñal lo tengo
desde aquella vez.
Inútil el tiempo...
No cicatriza la herida.
¿Qué hacer con tanto dolor
para no perecer?

LIDIA GODOY

ESTRELLAS FUGACES

Ah, si mis cabellos desandaran
las calles azarosas de mi pueblo
pediría que la hierba me dejara
en un gesto el sol de tu silencio.

Ah, si mis cabellos se esfumaran
en la palidez de la luna fría
cuando en la noche encaramada
baja hacia el río entristecida.

Ah, si acaso mis cabellos fueran
de chivatos hacia el aire florecido
trenzaría al viento antes que mueras
en galopes de nube sin olvido.

Si mis cabellos se convirtieran
en calles, chivatos y ríos
pediría estrellas que salieran
con la lumbre de tu amor y el mío.

PORIAHÚ

Hay silencio en el día
canta el sol y la chicharra
y entre extensos senderos
andan los dueños del alba
entre terrones de barro
prolijo techo de caja
y abandonada en los montes
sobre la flor de una rama
despierta en ellos la vida
con calidez de una infancia
lapacho que sueña al viento
con ser el cielo que pasa
entre nubes coloridas
blancas, celestes y blancas.
son criollos guaraníes
antiguos gauchos a usanza
seguidores de las voces
más antiguas de su raza
que despiden a la tarde
lumbre lejana que estalla
con silbido sobre el trote
y sapukái que acompaña
que reciben a la noche
con luz de candil en lata
duermen con manto de luna
hecho de estrellas de plata
los nombramos poriahú
que matean madrugadas

con silencio reflexivo
yerba espumosa del alba
y de sol usan un poncho
con ribetes de esperanza.

ISABEL GODOY

Dedicado a mi tía "Isa" ¡por las veces que creyó en mí!

A veces cantan tus manos
mientras el río se calla....
y eres dueña de las estrellas
que tiernamente te hablan
esas que te conocen,
de trasnochar por tus hijos
a la lumbre de tu alma
a veces cantan tus manos
mientras el río se calla...
y el sol es como un hombre
que te nombra en su guitarra
el mismo que te conoce
de trabajar para otros
como si fuera en tu casa
de juntar los enseres
con andar de ángel en guarda
de tu mesa encendida
de palabra dulce y nostalgia.
Te conocen Isabel Godoy
las estrellas, el sol, el río, el alma
de los seres que en la vida
simplemente nunca pasan
y saben que eres roca
espiga de arroz, agua mansa
estrella, sol de verano
lágrima de Pirayú

al atardecer abandonada.
Cuando simplemente tus manos
pareciera que cantan
saben que son correntinas
por eso... callan.

A MI ESCUELA

*Dedicado a la Escuela Nacional de Frontera
N° 479 "Carlos M. de Alvear", de Alvear, Corrientes.*

Después del zaguán, en ella
se abrían los dos patios
¿Quién la creyó tan bella?
¿Los que vinieron en barco?

O tal vez fuimos nosotros
los que sus aulas pasamos
con la sonrisa hacia el otro
todos vestidos de blanco.
El piso de larga esencia
los balcones eran arábigos
en el que apoyé mi inocencia
mientras pisaba su mármol.

El pizarrón era negro
los bancos en fila pegados
en los rincones los cestos
prolijamente forrados.
Había voces, murmullos
tiza entre rayos dorados
arrullo de las palomas
cuando ibas a pedir algo.

El sol entraba en sus ventanas
también el ripio alborozado
mientras la fresca mañana

guardaba plátanos soñando.

Había silencio allá fuera
vendedores caminando
adentro, un ángel, de seda
era palabras hablando.
Tenía gestos de una madre
disposición de un hermano
y dibujos en el aire
con latidos en la mano.
Ahora que te recuerdo
y se vuelve tu mirada
con gran ternura y esmero
sobre una niña callada
Suelo llevarte dejada
con un brochecito de acero
por las veces que olvidaba
decirte sin voz: ¡Te quiero!

LAS CALLES DE MI PUEBLO

Por las lentas calles de mi pueblo
se oyen cercanas las voces lejanas
transitando hacia el sendero
con la densa luz de las mañanas.

Si pudiera acaso conseguirlas
con su sentimiento más profundo
y sobre el alba esparcir las
en el nido sordo de este mundo.

Son la tenue espiga florecida
en que sonríe el surco abierto
la mansa alegría ennoblecida
del que ha sembrado con el viento.
Por las calles vivas de mi pueblo
la dulce maternidad generosa
ha esparcido niños sueltos
cual pétalos leves de una rosa.

Y son calles de allá, más lejos
con una bandera de horizonte
como tibia lágrima del suelo
que suelta en alud la flor del monte.

Son calles que entonan a la vida
el canto de la existencia del hombre
donde la franja perdida
traduce: ¡Argentina! por nombre.

NOSTALGIA DE CORRIENTES

Mi corazón es pequeño
para tan grande nostalgia
desbordando al hondo ceño
en que cobijas mi alma.

Del cielo azul con sus nubes
en una brisa lejana
por donde ardiente sube
en cendal, la lluviarada.

Donde estallan rebenques
sobre un río sagrado
centellas de cielo agreste
que son del hombre callado.

Nostalgia de las casitas
de las tacuaras con barro
donde el tibio sol incita
al sueño de los guijarros.

Nostalgia de tu chamamé
que invita a gritar en vano
de las risas, el avañe'ê
y el mate entre paisanos.

De chivatos en coronas
en caminos tan lejanos
del relinchar de las lloronas

en mestizos pies descalzos.

Mi corazón es pequeño
y está ahí hermanado
con atmósfera de tu ceño
en tu mapa recostado.

SOY DE ALVEAR

Estoy hecho de las huellas
de los yacarés del río
mi nombre está en las estrellas
con un sapukái prendido.

Soy hermano del sol de enero
que ama la flor del camino
remolino en viento norte
es mi sentir correntino.

Soy puestero del padre sol
en tardes de niño rupá
llevo en mi sangre el verdor
del aguerrido naranjal.

Mi casa vive en fiesta
de alonsito y mainumby
por las tardes de siesta
sin juegos de los kunumí.
Para el encuentro solemne
visita entre parientes
mate de chamigos denme
con payé de mi Corrientes.

Para el forastero aquí,
atención de correntino
si bebe de mi Aguapey

se mudará su destino.

Convivo con el jilguero
del chivato soy buen vecino
y resisto como estero
la adversidad del destino.

Llevo la vida en el alma
con perfume de azahar
espiga de arroz en el agua
en mi tierra de Alvear.

NIÑO RUPÁ

Dedicado a todos los niños de Alvear, Corrientes.

Un niño se ha dormido
en la hoja del niño rupá
para servir de abrigo
al que vive en soledad.

Un niño se ha dormido
en la hoja del niño rupá
y sobre el monte ha caído
una gran estrella fugaz

Un niño se ha dormido
en la hoja del niño rupá
y el sol ha descendido
para el que descalzo se va

Un niño se ha dormido
en la hoja del niño rupá
para que el mundo vencido
encuentre en él a la paz.

Un niño se ha dormido
en la flor del niño rupá
para que aquel del olvido
vuelva a ser niño y a amar.

ÑANDE KUARAHY YARA

Nuestro Dueño del Sol

De tan intensos caminos
hechos de lunas que cantan
de los soles que desgarran
ojos que intentan mirada
viene despacio a la siesta
silueta de mística aura,
con quietud de atardeceres
y entrañables madrugadas
con silbido a viento norte
por los montes de chicharras
para compartir del hombre
el asombro de su infancia
el placer de un buen tabaco
la miel silvestre o la caña...
Así fue como conocí
al Ñande Kuarahy Yára
y evoco su misterio
cuando Corrientes lejana
se me vuelca por los ojos
en cristales de jangadas
le evoco sin más palabra
que un horizonte de teros,
de chajãs, de calandrias,
de tarde de enero ardiente
con ñandubay en el agua,
de sueño, de hondo silencio

con un mangangá que pasa
con silencio y muchas voces
cuando el amor duerme la siesta
y las palabras se callan...

CAPILLA DE SANTA ANA

Por donde el apereá
recorría el tapé miní
llegaron de allá ité
para rezar en guaraní

Donde cantan el urutaú,
el pitogüé y los siriríes
con la Biblia y mba'epú
redes de almas y vides.

Hallaron en el Uruguay
voz de arrullo que mece
y en el cielo del ñandubay
la mirada que florece.

¡Oh templo de los encuentros!
de voces que aún no callan
¡Oh memoria de los nuestros
que en la nuestra aún se hallan!

Peregrinos de la vida
del gozo de la Presencia,
nómades sin despedida
en esta tierra inciensa

¡Capillita de Santa Ana!
en aquel altar de la fe

con nombre de abuela mansa
que bendice en avañe'ẽ

¡Capilla de Santa Ana!
en la América del confín
donde las voces se hermanan,
jesuítica- guaraní

Donde el pensamiento escurre
a la hora de la oración
y el silencio ya no ocurre
sino como dulce canción.

¡Capilla de Santa Ana!
Primer bastión de mi solar
agua bendita que emana
la huella de Dios en ALVEAR.

**SONIA LUISA
BÁEZ ARANDA**

LA HORA SEÑALADA

Gervasio González no sospechó que aquella siesta de fuerte viento norte su vida cambiaría para siempre.

Se levantó de la cama, se tomó unos mates amargos, llamó a sus perros, tomó la escopeta y salió al monte: iba a cazar al maldito gato montés que le había matado unas gallinas.

Había escuchado sus rugidos durante varios días. El mismo viento que alborotaba a las víboras, le alborotaba el pelo, pero no se quejaba. Más fuerte que el calor y las molestias, era su determinación.

Nadie como él en el conocimiento del monte y sus secretos; nadie como él para hurtar la miel de los panales y para encontrar los huevos de pirinchos y otras aves.

Sus fieles perros le seguían. Acarició a Choco, el del pelaje color chocolate, sordo de un lado luego de que le arrancaran una oreja en una pelea brava. La infección hizo el resto. De algún modo, él sentía que se parecían, pues a ambos les faltaba algo: Gervasio no veía bien con el ojo

izquierdo. Una mala enfermedad lo había dejado así y también la infección completó el resto.

Avanzaba lentamente, olfateando el aire, escuchando el menor susurro del viento en las hojas. Era un buen cazador. Suplía su discapacidad con la agudeza del oído y lo certero de su puntería. Necesitaba, además, la piel del gato. Ya se iba regodeando dónde la pondría. Frente al fogón, tal vez, para apoyar sus pies en las madrugadas de invierno mientras mateaba.

“Contra el viento, así es mejor para que no me olfatee este añamemby”

El sol arrancaba gotas de transpiración a ese rostro moreno, tallado de arrugas.

“Con este calor, segurito que va pa’ la aguada”.

Gervasio contaba sus pasos. Choco y Terrón olfateaban más adelante, adiestrados en el silencio; en tanto, entre la hierba, se deslizaba sinuosa la muerte de brillantes colores.

Una mordedura veloz y se perdió entre el pastizal. Gervasio emitió un grito de dolor y de espanto. Sus ojos comenzaron a nublarse.

“Estoy perdido. No estoy muy lejos de casa, pero estoy solo. Milagritos está hoy con su tía”

Alcanzó a quitarse el cuchillo y le hizo un tajo a la herida hinchada y violácea. La sangre borboteó, liberada. Choco y Terrón gemían lastimeramente mientras lamían su cara y el hombre alcanzó a acariciarlos antes de desmayarse.

¿Cuánto tiempo pasó? Imposible saberlo. El paisaje adquiriría una blancura luminosa y los árboles eran siluetas borrosas cuando, tendido de espaldas en el suelo, lo vio. Su figura alba se fue acercando hasta detenerse a su lado.

—Hola, Gervasio... ¿Sabés que es la hora señalada, no?

—Ah... Hola ¿Sos el Nazareno?

—No. Sólo un Mensajero

—Todavía no me quiero ir... No me puedo ir. Está Milagritos, mi nieta. Quiero verla crecer — suplicó.

Choco y Terrón ladraban sin pausa frente al rancho de doña Casimira. La mujer se levantó de mala gana de su siesta, arrastrando sus alpargatas por el patio de tierra.

— ¡A ver, che, si se dejan de ladrar! Voy a buscarles algo pa masticar... Algo de chicharrón habrá quedado- Era conocida la compasión y la ternura de Casimira hacia los animales.

Los perros gemían con desesperación y Choco emprendía una carrera corta y volvía, instándola a seguirlo.

—Pero... ¿Éstos no son los perros de don Gervasio? ¡Aurelio! ¡Epu'ãke!

Casimira despertó a su marido y se fueron en la jardinera, precedidos por los animales. No tardaron en encontrar a Gervasio. Fue un milagro, decían los vecinos.

Gervasio no lo sabe, pero desde entonces, todas las tardes ve hundirse el sol en el horizonte, junto a sus perros, mateando en el patio... Y viendo jugar a su nieta.

LA MUJER DE LA LAGUNA

Un rayo atravesó el cielo y el chicotazo de su resplandor lo iluminó todo. Gervasio encendió el farol con parsimonia, mientras tranquilizaba a su nieta.

—Tranquila, hijita, sólo es una tormenta más.

El agua llegó primero como gruesas gotas que horadaron la tierra; después, como una lluvia mansa y monocorde.

—¿Viste, Milagritos? No debés tener miedo. El agua es una bendición del cielo en esta estación.

Un perfume a tierra mojada mezclado con fragancias silvestres se expandía por el rancho. Gervasio entreabrió la puerta para disfrutar del fresco.

La niña puso la mesa y cenaron en silencio, escuchando la lluvia, hasta que Gervasio se puso a recordar:

—Amandayé... Mi abuelo solía decirme, cuando yo era chico, que la lluvia trae mensajes. Y que por eso había que escucharla en silencio.

— ¿Mensajes, Taitalo?

—Sí, mensajes. Cada vez que llueve es un mensaje nuevo. Cuando llueve, los animales se

recogen en sus guaridas y todo parece en suspenso. Todo queda en silencio... Sólo el sonido de la lluvia cayendo. Entonces las personas también nos recogemos en el silencio de nuestras almas... Y decía mi Taitalo que Tata Dios enviaba a cada uno un mensaje al corazón.

La niña miraba a su abuelo con sus grandes ojos aterciopelados...Y muy atenta a todo lo que quisiera contarle el anciano.

—Taitalo... ¿Tu Taitalo te contaba sucedidos?

—Claro que sí.

—¿Y me contarías uno?

—Mmh... ¿Y si te da miedo?

—No. No voy a tener miedo; además, estás vos aquí, conmigo.

El viejo encendió un cigarro y comenzó a fumar con delectación, mientras, su nieta recogía la mesa.

Milagros se sentó, toda ojos y atención, dispuesta a escuchar.

— “Hace mucho, mucho tiempo, cuando no había autos ni camiones y la gente andaba solamente a caballo o en carreta, tuvimos una gran guerra que nos enfrentó con nuestros hermanos paraguayos, por culpa de los mandamás. Bueno, cerquita nomás, en las afueras de Itatí, vivía una viuda joven; muy linda la señora, con su hijito de dos años. Era una mujer guapa que araba, sem-

braba y vendía sus productos en Itatí. Algunas veces en la semana se la veía llegar al pueblo en su carreta y, acompañada de su hijito, empezaba ofrecer sus tomates, choclos, pimientos... Luego se volvía al rancho, a sus quehaceres.

Dicen que una noche asaltaron su casa tres soldados paraguayos y que se la llevaron para el monte. Inútiles fueron los gritos enloquecidos de la mujer que decía: ¡Mi hijito! ¡Mi hijito quedará solo!

Dicen que cuando los hombres la dejaron tirada en el campo, herida y maltratada, ella se levantó como pudo y volvió a su rancho a buscar a su hijo, pero no lo pudo encontrar por ningún lado. Desesperada, entonces, se fue para la laguna donde todas las tardecitas lo bañaba. Allí, el kunumicito solía chapotear y jugar contento mientras su madre lavaba la ropa. Bueno, dicen que fue hasta la laguna y que allí lo encontró ahogado a su angelito.

Decía mi taitalo que todas las tardes, hasta la noche, la mujer se sentaba a la orilla de la laguna, como si fuera la tumba líquida de su hijo y que le cantaba canciones de cuna...Y así fue hasta que envejeció y murió. Y contaba también mi Taitalo, que aún después de su muerte se escuchaba su voz cantando canciones de arrullo y que, en esas noches en que la luna serena ilumi-

na los campos, se veía algunas veces la figura de un niño y se escuchaba el chapoteo de sus pies en el agua”

Había cesado la lluvia. El aroma de la menta y del poleo llenaba el aire. En la lejanía, unos perros ladraban y el canto persistente de un grillo agujereaba el silencio.

Milagros se fue a acostar con una canción de cuna en el corazón.

NOCHE DE VIERNES SANTO

Milagros puso los platos y sirvió la sencilla cena. Cuando terminaron, limpió la mesa y llevó los platos al lavadero.

Su abuelo había encendido un cigarro y fumaba con lentitud.

— Taitalo, contame algún sucedido... ¿Te pasó algo alguna vez?

El viejo pareció revolver en su memoria y sacar algo:

—A mí, gracias a Dios, no; pero a mi viejito, sí. -Milagros se acomodó en la silla, se acodó en la mesa y se sostuvo ambas mejillas para escuchar con más atención- “Era un Viernes Santo. La luna llena y amarillenta alumbraba el camino. Mi padre volvía eso de las una de la mañana, al tranco, desde la casa de su compadre José...”

Mi viejo no era un hombre de tener miedo. Le sobraba coraje y nunca se había creído los cuentos de aparecidos ni de sucedidos. Él decía que solamente creía en lo que podía ver. Bueno, esa noche venía al tranco, como te digo, distraído, pensando en nada... De repente, cerca del paraisal, escuchó el llanto de una criatura...”

— ¿Qué paraisal? ¿El que está al costado de la ruta?

—Ese mismo. Vos solés ir a jugar allí.

— ¡Ay!

Gervasio sonrió ante la expresión temerosa de su nieta y meneó la cabeza.

—Vos me pediste que te contara un sucedido; ahora, si vas a tener miedo, mejor paramos.

— ¡No, Taitalo! Seguí contando.

—Bueno, a él le llamó la atención, por supuesto... ¡Una criatura llorando, a esa hora y sin nadie por allí cerca...! Pobre criatura —dijo— ¿Quién pa' habrá sido la madre desalmada que le dejó aquí?

Y se bajó del caballo para mirar mejor. Al pie de un árbol había una criatura de meses envuelta en una mantita blanca. Mi viejo la levantó en brazos y montó de nuevo.

—Voy a llevarle a casa —dijo— a ver qué hacemos mañana, angá.

Y así, mi viejo continuó, esta vez al trote... Pero de repente la criatura llamó su atención diciéndole: Tatita, mirá mis dientes...

Él bajó la cabeza y se encontró con que tenía en sus brazos, envuelto en la manta blanca... ¡Una calavera! ¡Tiró la calavera al costado del camino y apuró a su caballo! Casi atropelló la tranquera y no se paró a respirar hasta que estuvo seguro dentro del rancho. Mi madre, que lo notó muy pálido, le preguntó qué le había pasado.

—Nada —le contestó mi viejo. Pero mi viejita era sabia, así que lo único que le dijo fue: ¿Viste, Roque? ¿Qué te dije? No andes solo por el campo las noches de Viernes Santo.

Milagritos se acercó a la ventana y observó un rato el paraisal: la luna azul clareaba el campo. Corrió las cortinas y, en silencio, se fue a acostar.

**MARÍA EUGENIA
GRASSI CODAZZI**

EVOCACIÓN

*“El amor canta con versos indecibles,
mi corazón traduce palabras
que evocan tu nombre, Edwin P. F.”*

Qué inútil suplicio el de explicarte
que no puedo quererte ni adorarte
que no puedo regalarte carbón por rubíes
que no puedo finales felices inventarte
ni lágrimas de sangre como tú me pides
ni mentiras blancas para consolarte
ni partirte en dos la primavera
para adornar los lóbulos de tus orejas
ni darte nubes de amor aunque quiera
porque no puedo mentirte
ni ser el que quisieras.
Escúchame aunque duela, niña terrestre
flor de canela
pálida luz que me desea.
Escúchame, aunque duela
porque los lazos del aprecio no puedo
extenderlos
más allá de los límites que mi corazón ofrece
ni darte aquellos besos que me pides
ni condenar mis versos a cárceles amargas
y horribles.
Yo busco otra luz, una estrella lejana
de ojos hundidos en grave flama
un eco luminoso

un volcán en llamas.

Yo quiero ser águila en vuelo por el firmamento
governar el aire y derramar la miel
de los cantos que llevo adentro.

Yo busco la playa en medio del mar
la rueda de la Luna para descansar
el ojo del elefante que habla sin hablar
embrazar rodela quiero, para aniquilar.

Yo busco una ninfa, una diosa etérea
que su tersa piel, cual pétalo de rosa sea
que con un beso suyo, inmortal me vuelva
y morar eternamente en el Olimpo de sus
caderas.

Una nereida que en mis carnes hunda
sus dedos de alondra celestial
que vierta en mi boca el licor de su vientre
que sin celo sea
candombe en la sangre
limón y sal.

Anhelo un amor que incinere
mis banderas de mohosa libertad
un amor que el peligro no tema.

Lo siento niña, flor de canela
yo no te puedo amar.

¿QUÉ SOMOS EN ESTE FRASCO CON FALDA CORTA?

¿Vaticinio de un tiempo fugaz de un tiempo que
vuela y no para

agresivo y montaraz?

¿Augurio inevitable de las hojas que van
cayendo

por la gravedad, quizás?

¿Verdades que son incallables, insondables
intraspasables

el verbo que no puede dejar de ser acción

mi boca que no conoce el límite entre el sí y el
no?

¡¡Qué somos, te pregunto!!

A gritos voy por la ribera, corriendo entre las
piedras

desgranando mis pies.

Dame las verdades, los misterios revelados
el aire bendito, un poco de paz.

Dame vida, dame muerte

dame lo que tus ojos prometen

no seas sólo haz de luz

que viene y va.

Todo es cobardía.

El alma se enredó en la calle.

Todo es soledad.

CANTO PROFUNDO

Perdí las plumas de las palabras
titanes inmóviles que crecen en mi cabeza.
No siento el aire, me faltan ganas
para buscar cuesta arriba en mis pensamientos
plumas juveniles y fuertes para sus alas
¡Pobres sus alas!
Todo te has llevado, todo lo has matado
sólo han quedado las moles
que sollozan en este silencio de flores muertas.
Me duelen las papilas gustativas, las yemas de
los dedos
las plantas de mis pies.
El desierto hoy no obsequia respuestas
redondas y tristes caen las lágrimas en
persecución violenta
boquiabierto en tierra, el pimpollo del amor
perdido
el tuyo y el mío
con un suspiro profundo
ante la Estigia se encuentra
y en la barca de Caronte
moneda en mano, se sienta.
Necesito encontrar la primavera, el cáliz de la
vida
el manantial ancestral donde florece la estrella
del despertar del alma
la fuente del Leteo para olvidar
el camino de las plumas

el vertedero de la verdad.
Es preciso revestir las alas de mis palabras
con plumas de arcángeles
con ramos de olivo
con mieles reales
con lunas brillantes
con hielos que arden
con hálito incansable
con besos que muerden
con versos fecundos
con letras que sangren
¡Yo necesito que mis palabras canten!

SÁLVAME

Encarnada, unida al corazón de Dios
adherida a las alas del tiempo
extendida de modo precioso
bajo los párpados del destino
allí encontré tu voz.
Tu voz inmortal, profunda
cálida y total.
Tu voz de cerámica, de azúcar, de jarabe de
durazno
de oceánica claridad, de dientes en fila, de café,
de Sol
de peineta de carey, de ángel del cielo
de amapola silvestre.
Incrustada en un recodo de la vida
como piedra lunar, impregnada de relámpagos
de fuegos, de gritos, de flores, de lagos, de
vientos
de algodón de azúcar, de aires de río, de rocío de
la aurora
de amor, de sangre, de himno sagrado
de locuras innegociables que salen de mí
allí encontré tu voz y a ti.
Únete a mis dedos, a mi alma
vibra en las cuerdas de mi hambre
vive en mí, soy tu reina, tu soberana
acércate a mis ojos de galana
a mi boca de hibisco en la mañana.

Acércate al incendio que enloquece el vaivén de
mi sangre cristiana.
únete con ansias a mi carne
con toda tu piel, con todo tu ser
con toda tu alma, con todo tu querer
vuélvete humedal profundo
manantial correntoso
dador de aliento y fe
sálvame
no quiero ya tinajas vacías
no quiero mi mundo arrumbado
llorando un tiempo mejor
cual desolada Comala
recordando un mal de amor.
Entre flores que se arrugan se yergue un nuevo
clamor
un renacer del cosmos
una nueva fusión.
Dame de beber
no dejes que mi corazón muera de sed
como Juan Preciado
en busca del Pedro aquél.
Vuélvete líquido sabio, agua de vida vuélvete
y en un beso de flor renacida
en mí transfúndete.

LÁGRIMAS SECAS

Prosiguió la lid
nos deshilachamos la piel
los ojos rodaron por las mejillas
rocosas se volvieron las palabras y afiladas como flechas malditas.
— ¡Piedad! —gritaban nuestras las almas encendidas de miedo
las callábamos con sulfuros, con frases indecibles
todo fue caos
terror
crimen,
guerra
el funesto hado, el fatum que en silencio nos despedazó.
No quedan ni lágrimas, el amor murió.

AMOR CALLADO

Envuelta en tu risa, en tus labios
danzando en los límites de tus ojos y en medio
de ellos
muriéndome de ganas de sentir la dulzura de tus
besos
embriagada de afanes y deseos, de anhelos insa-
tisfechos
así estoy, amor, amor de mis desvelos, amor que
me atormentas
y me tienes sin consuelo.
Tú vas, yo voy contigo, tu sombra soy y no me
quejo
tu sombra soy pero quisiera ser la carne de tus
huesos...
Mi amor callado, mi amor soñado, mi amor per-
fecto
me cuelgo en las lianas de tus palabras dulces,
de tus poesías
de tu mundo pintoresco
bebo de tu risa, me llena de gozo el aleteo de tu
voz
tu risa inagotable, tu risa me mata, me mata
amor, tu risa es mi alimento
tu risa me besa el alma y entonces yo, furtiva-
mente la bebo
y tras cada sorbo más difícil se me hace ocultar
este amor que siento.

PALABRAS

Beso poco a poco el hueco de tu recuerdo
el aire seco de la siesta corrompe el alma de los
mortales
no me quedan fuerzas para olvidarte.
Estás en todas partes, tus ojos, tus labios, tu voz,
tu lujuria
estás en cualquier parte, incluso en estas letras
que vuelan por una
página en blanco del ordenador
y se detienen
de pronto
acosadas por tu nombre.

DESEOS INACABADOS

Siempre quise escribir lo fantástico del ser humano
lo maravilloso de su alma
lo dulce de su corazón
o lo amargo
Y me faltaron palabras, me faltaron las rimas
que se usan
me faltaron los libros que se leen
me faltaron los amores truncados
para regar de experiencia los versos
me faltó la pasión verbal
me faltó el pulso poético
me faltó volar
me faltaste tú.

CRÍMENES DE AMOR

Rompimos lo natural, el amparo del cariño
deshojamos la rosa espinada
torturamos las yemas de nuestros dedos
alteramos la paz del Limbo.
Saboteamos con rencillas de estaño
los planes celestiales de Cupido.
Dijimos las palabras sagradas, de amor las en-
volvimos
besamos una a una las letras, los sintagmas,
los giros lingüísticos
y morimos.
Morimos en la yerba verde del amor marchito,
en la agreste playa donde acaban sin pena ni
gloria
los amantes vencidos.

LAS NIÑAS DE LOS PÁJAROS

María tenía apenas seis años y vivía en un campito en la zona rural de Esquina, más precisamente en la cuarta sección Malvinas; allí vivía con la familia que estaba compuesta por su mamá, que también se llamaba María, quien era maestra rural en esa zona, su papá Omar, dos hermanitos, Jorge y Ramón que eran más pequeños.

Era muy feliz en aquel lugar, su mundo estaba ahí, la arena, las piedras, los árboles de mandarinas, de naranjas, de pomelos, de duraznos, los pinos en fila recorriendo los dos kilómetros de la entrada, sus perros, sus yaguás, sus "Bobys", es que todos se llamaban así, sí, porque fueron muchos, nunca le duraban demasiado tiempo porque cuando pasaban la tranquera eran fácil presa de los vehículos que iban velozmente por ese camino rural, no había señalizaciones, claro, y mucho menos lomos de burro, ni semáforos, ni nada, el camino era de arena y tierra negra en partes, y todos andaban a lo loco, sin control. Así que, estaba un Bobby un tiempo y luego moría y venía otro Bobby que casi por arte de magia era parecido al que ya había muerto y así sucedía siempre, nunca faltaba el dichoso Bobby, sé que por cada uno de los que se fue, sus lágrimas, María derramó.

En su casa no había televisor por aquél tiempo, éstos apenas existían en las grandes ciudades, tampoco había revistas en el campo ni electricidad, con candiles se alumbraban o con faroles a gas, en días festivos, así que, sus días los pasaba jugando como loca, corriendo de aquí para allá, saltando, riendo, cuidando a sus hermanitos. Jugaba con muñecas imaginarias, hechas de enteritos de bebés rellenos con otras ropas viejas, no tenían cabeza ni extremidades ¡pero como si las tuvieran! ella las mecía con cariño para hacerlas dormir, para abrazarlas, para besarlas, para decirles cuánto las quería. También tenía la manía de recortar figuras de diarios viejos, o de libros de escuela que tenía su mamá, entonces, cuando la noche llegaba, llevaba alguna foto recortada de alguna muñeca, de alguna niña pequeña que hacía la propaganda de algún talco o colonia para bebés y la mecía a su lado hasta quedarse profundamente dormida.

Un día la mamá tuvo que ir a hacer trámites a un poblado cercano y como era bastante incómodo el viaje y difícil andar lidiando con dos niños muy pequeños, decidió que iba a dejar a María en casa de unos vecinos. Ahí también, la amaban mucho. A la dueña de casa le decían doña Cotocha, y ésta tenía cuatro hijas, Alicia, Noa, Marta y Mangacha. Todas se turnaban para alzarla, para darle besos, para convidarle con

algo de comer, para llevarla a mojarse los pies a la orilla de la laguna.

Aquella zona de Malvinas es zona de grandes y bellas lagunas y había una de agua muy cristalina junto a la casa, pasó bellos momentos, allí. Bajo la sombra de un centenario Tala, entre jugando y jugando, ayudaba a doña Cotocha a lavar la ropa con jabón blanco en un fuentón de latón, ella le enseñaba la manera correcta de fregar para dejar limpias las prendas; de a ratos tallaba y de a ratos acarrea las ropas enjabonadas para que las chicas, que estaban metidas en la laguna hasta la cintura, las vayan enjuagando. Era aquello, un Edén de espumas, olor a jabón, y ropas que volaban de acá para allá. Se pasaban largas horas bajo la sombra del Tala tallando ropa. ¡Qué lindo era verlas! Parecían ninfas guaraníes, rodeadas de platos del agua, camalotes y agua cristalina. Cantaban, reían, jugaban con la espuma y custodiaban a María para que no entre en lo hondo, siempre *“ahícito nomás”*, al alcance de la vista de todas.

A veces, mientras las chicas acababan la faena del lavado, María corría bajo el Tala intentando capturar todas las frutitas que éste le ofrecía, dadivoso, a sus manitas dulces y tiernas o a veces simplemente se perdía con la mirada en la inmensidad de la laguna, aspiraba ese olor tan natural para ella, mezcla de olor a sandía y camalote, a tierra mojada.

Como otras tantas veces, su mamá la dejó ahí sabiendo que estaría bien cuidada. Almorzaron un puchero ese día, sopa criolla, con caracú, zapallo, papas, batata, choclo y fideo. La mesa larga tendida, el viento que entraba por las ventanas, la cortina con cintas de colores que flameaba, el olor de la comida, los platos de vidrio azul, el agua en la jarra de enlozado con flores pintadas, todo quedó grabado en su retina, hasta las crines de caballo que sostenían los peines o el cuadro en el que la familia entera posaba junto al presidente Alfonsín cuando éste visitó aquellas escondidas y aisladas tierras allá por el 84 y que, en dirección a la cabecera de la mesa se encontraba.

Terminado el almuerzo, las mujeres fueron llevando las cosas sucias desde la casa principal a otra pieza que estaba al costado, ahí estaba el fogón y la cocina de hierro. María estaba jugando sola, un poco aburrida, quería compañía, pero todas estaban bastante ocupadas. De pronto, Marta, que la notó meditabunda y tristonía, la llamó a su habitación y le dijo:

Vení, María, te voy a dar algo para que vayas jugando, pero no lo rompas ¿eh? tené cuidado — le dijo mientras la llevaba de la mano, entre risas y María iba dando saltos de júbilo, expectante.

Marta abrió una caja y sacó un tul de novia blanco con la vincha llena de pequeñas

florechillas de tela en colores celestes y rositas pálidos como si fueran rosas rococó, cocidas a él, entonces, en ese instante, los ojos de María se abrieron como soles, era la cosa más hermosa que había visto en toda su vida. Se acercó a Marta y ésta le ayudó a colocarse ese tul, realmente parecía una novia, aunque sólo tuviera como vestimenta el velo. Quiso verse en el espejo y Marta la ayudó, María estaba preciosa y feliz, inmensamente feliz. Daba giros delante del espejo, sentía que todo en su vida estaba en el lugar más alto en el que pudiera estar y que todo era perfecto, que el mundo podría acabarse ahí mismo y que habría valido la pena vivir. Podía soñar con el futuro muy lejano, se vio casada, feliz, con muchos hijos corriendo por el patio de tierra, con olor a hogar en su casa. Ella estaba feliz y no había nada que pudiera borrar esa realidad de su corazón. En sus manitos, Marta colocó un pequeño ramito de flores de organza en colores pastel, unidos por medio de un listón de la misma tela. María perdió su mirada en el espejo. Marta fue a buscar algo al patio y volvió con una campanilla roja, un hibisco, esa rosa china que muchos conocemos y se lo colocó detrás de la oreja derecha. ¡Listo!, era una reina, una diosa, una ninfa envuelta en tul y flores, una maravilla que María nunca antes había contemplado, no pudo de tanta felicidad y lloró frente al espejo. Los

gratos momentos también hacen llorar, lo aprendió ese día.

De pronto, un griterío en el patio destruyó el idilio entre María y el velo blanco, Alicia, Mangacha y Noa llamaban a los gritos a Marta, que estaba con ella jugando con el tul de novia. Pedían que sacara afuera a *“la muchachita”*, que la sacara ya. Ambas se precipitaron hacia la puerta al mismo tiempo que las llamaban, salió Marta primero y después María con el tul puesto y el hibisco inmóvil en su oreja derecha.

María no entendía nada, salió y todas las chicas miraban hacia el cielo y le decían todas al mismo tiempo:

— ¡Mirá arriba, María, mirá!

Atontada, ella levantó la mirada y vio lo más increíble del mundo, pequeñasavecillas marrones, ensilladas con pequeñas sillas de montar y sobre éstas, niñitas sonrientes, con rulitos diminutos de color marrón, con bandoleritas que le atravesaban el torso sobre sus blancas camisitas y con pequeñas falditas de color gris oscuro y que saludaban a todas las hijas de doña Cotocha como si fueran viejas conocidas y agitaban sus bracitos tal como lo hacen las princesas cuando saludan a una multitud, suavemente, solemnemente pero, con constancia. María no podía creer lo que sus ojos veían y saltaba de júbilo y gritaba con gran

excitación mientras veía cómo todas las mujeres saludaban a las niñas de los pajaritos.

Fantástico, mágico momento. Los pajarillos volaban casi a la altura de las cabezas, al roce de los brazos de las mujeres, casi podían tocar y saludar de manera táctil a esas diminutas niñas y en medio de tanta algarabía, Francisco, un criado de doña Cotocha que estaba observando todo lo que ocurría, y para el que también parecía que este era un espectáculo habitual, miró a María y le dijo:

— ¿Querés uno de estos pajaritos para vos?

Y sin dudar, María dijo:

— ¡Sí, quiero! —y ahí nomás hizo pucherito, tal como hacen todos los niños cuando quieren obtener algo.

Francisco agarró un ave con una niña arriba y se la dio a María que, llena de emoción, como cuando se puso el tul de novia, intentaba sujetarla entre sus pequeñas manitos.

Tuvo al pajarillo frente a frente y lo vio dar grandes gritos de auxilio y la niña sobre su lomo lloraba y gritaba, como pidiendo socorro y María, en su inocencia, no entendía por qué, si ella sólo quería jugar un poco con ellos, acariciarlos y abrazarlos, como hacía con sus muñecas imaginarias, sólo quería darles amor, retener para sí ese momento de extremo éxtasis y felicidad que había vivido recién. Sujetaba al ave y a la niña como si a la felicidad sujetara.

Supo interiormente que algo no estaba bien, aunque Francisco trataba de que el ave se quedara quietecita. No estaba bien que el ave gritara o que la niña llorara. Las otras chicas, en medio de tanta algarabía, no se habían dado cuenta de lo que Francisco había hecho y cuando Marta se percató de que María tenía entre sus manos una avecilla le dijo gritando, con los ojos como platos le gritó:

— ¡Soltala, María, soltala! —y afligida, se abalanzó sobre ellos y trataba de ayudar al ave que estaba presa entre las manos de Francisco y de María

— ¡Soltala porque no van a volver más! —gritó desesperada Alicia, agarrándose de los pelos

María aflojó su mano, Francisco, avergonzado, también. El ave y la niñita fueron al suelo en caída libre. La niñita sobre el lomo del ave, lloraba, la bandolerita que traía atravesada sobre su pecho estaba toda descolocada, el ave intentaba ponerse en pie y no lo lograba, una de sus alas se había quebrado. Alicia, Noa, Mangacha y Marta ayudaron al ave a volar y cargaron a la niñita que no dejaba de llorar sobre el lomo de otra avecilla que ya llevaba a otra niñita en su espalda. Todos quedaron compungidos, las aves, las niñitas, las chicas, Francisco y sobre todo, María.

Nunca pudo olvidar aquella tarde, siempre están en su recuerdo aquellos instantes de felicidad

plena y de angustia también. Nunca más tuvo noticias de aquellas avecillas ni de aquellas niñas ni de las hijas de doña Cotocha, ni de la laguna ni de aquéllas tierras lejanas. Y distante, en el tiempo, viviendo en la ciudad, recuerda todavía, como si de pronto tuviese seis años otra vez, a aquellas niñitas que iban a lomo de pájaro. Me dijo hace poco, desolada y compungida, que sentía que debía contarle al mundo lo que sucedió aquel día y que, quizás así, el tiempo feliz, la inmensa alegría, las niñas de los pájaros, regresarían.

LA DUEÑA DEL MONTE

Era la mañana del 26 de agosto de 2007, el día estaba encapotado y yo estuve alistando todos mis utensilios porque iríamos de cacería Pocho, Charly y yo. Habíamos charlado toda la noche anterior acerca del asunto con los muchachos y a cada uno le correspondía una tarea específica, por ejemplo, yo me encargaba de tener listas las dos escopetas, que eran de calibre 12 y, una de ellas, recortada; de tener suficientes cartuchos; de llevar también, por las dudas mi rifle calibre 22 y la caja de balas. No podía olvidarme los cuchillos, cuatro hermosos cuchillos de caza que me regaló mi viejo hace unos cinco meses, una bolsa limpia de arpillera para guardar nuestra presa y como el día sería largo, cargué a la maleta, una ollita para preparar algo, aunque de eso se encargaba Charly, él siempre era muy hábil a la hora de los *guisómetros*. Yo había cumplido con mi tarea, pero la repasaba mentalmente. No quería olvidarme de nada. Estaba muy concentrado en eso cuando escuché a mi mamá, casi a los gritos, diciendo:

— ¡Chatooooo! ¡Mirá quién llegó! —
Exclamaba, mientras la escuchaba reír de buena gana. Me asomé y lo vi a Charly. Le hice una seña con la cabeza, como invitándolo a entrar al garaje, que era donde estaba yo. Él se movió

rápido, se despidió de mamá, entró donde yo lo estaba aguardando, puso en el suelo ágilmente la bolsa que traía, es decir, lo que tenía de tarea.

— ¿Pusiste todo? —Le dije

— ¡Claro, che! —Me respondió al mismo tiempo que sonreía. Se lo veía muy contento - también yo lo estaba-, pasar tiempo con mis amigos era lo mejor del mundo, compartir la cacería era el paraíso- ¿Y vos? - Me dijo, como esperando que yo abriera toda la maleta que apenas cerré, sólo para mostrársela.

-Claro, pibe, como siempre- Le contesté, abriendo los brazos al modo de Perón y con un tono juguetón.

De pronto, entró mamá con un paquete, envuelto en repasadores, bolsas y qué sé yo. Me dijo

-Estas son tortas asadas que le compré a doña Teresa, llevalas para el mate, abríguense porque hará frío hoy; hasta es probable que llueva ¡Mirá, el tiempo está cada vez más loco! —Decía esto y trataba de meter el paquete dentro de mi maleta que ya no daba más.

—Pará, mamá. Que las lleve Charly —Le dije-, que él es el de la comida.

Ella miró al nombrado y le pasó el paquete, pero como Charly no reaccionaba, ella lo metió en la bolsa que él llevaba.

De pronto, golpearon las manos. Ladró Toby. A los pocos segundos, mamá acompañaba a

Pocho hasta el garaje donde estábamos Charly y yo.

— ¡Hey, Pochito! —Saludó Charly, llena la voz de algarabía y en la boca plantada una sonrisa lunar- ¿Trajiste todo?

—Sí, espero haber traído todo, che — Respondió Pocho, quien estaba muy sonriente y eufórico también.

Pocho tenía que traer, las linternas de emergencia, por si nos sorprendía la noche, un bidón de agua y la radio. Indispensable era la radio, para sintonizar linda música.

— ¡Che, me estoy olvidando los vasos! — Exclamé, de repente, y corrí a buscar los tres vasos de aluminio que usábamos para el campamento— ¿Seguro que llevás todo, Charly? —Le dije mirándolo fijamente. No habría vuelta atrás una vez que partiéramos de la casa rumbo al campo.

—Ehhhhmm... Sí. Pienso que sí. Llevo carne, aceite, condimentos que me dio la vieja, fideo *codito* como pediste vos, Chatito; las botellas de gaseosa y el licor que compré en lo de Lucio, así que... mmm, creo que está todo ¡Ah! Y llevo los platos, cubiertos, servilletas y las tortas que me dio tu mamá. Todo, che.

Todo marchaba viento en popa; todo era algarabía y deleite; aspirábamos ya ese placer supremo que sólo conocen los que aman mariscar y salir de campamento. Estábamos

felices, y así, con esa felicidad, fuimos hasta donde estaba la camioneta que me prestaba mi viejo, una Ford Ranger modelo 2004, en la que habíamos cargado todo lo que habíamos preparado y puesto en las bolsas de lona -que eran nuestras maletas-, por supuesto llevábamos el equipo que siempre usábamos para mariscar y que consistía en cosas que, por su tamaño, no nos cabían en las maletas de lona, como por ejemplo un toldo, por si llovía... o para cubrirnos del frío; una mesita, cuerdas varias.

Éramos jóvenes, teníamos 19 años, ya habíamos terminado el colegio, estudiábamos carreras universitarias y nos veíamos de tanto en tanto, para este tipo de eventos, por ejemplo. No vivíamos ya en el mismo pueblo, en ese *Pozo del Tigre* que ayer fue de todos, y que en cierta forma lo seguía siendo, pero cada vez más lejano, más esporádico. Pasamos juntos toda la vida, y ahora, pretendíamos que nuestra amistad siga como si nada hubiese cambiado.

Partimos finalmente, la mañana estaba en su máximo esplendor, aunque venía acompañada de nubes densas que poblaban el cielo ocultando al astro rey. El aire era frío, casi húmedo. Íbamos escuchando música, de esas rolas mexicanas y vallenatos colombianos que tanto nos gustaban a los changos y a mí, nuestro destino quedaba a unos cincuenta kilómetros. Había que pasar por unos cinco kilómetros un paraje llamado *Campo*

Alegre. Era el lugar ideal ya que los guazunchos habitaban en grandes grupos y había altas probabilidades de que esa misma noche o al día siguiente, estuviésemos comiendo unas ricas empanadas de esa sabrosa carne o quizás un apetitoso estofado de guazuncho, cualquier cosa que pudiéramos cocinar quedaría deliciosa porque realmente era un manjar esa carne.

Nos reíamos, contábamos chistes, anécdotas durante todo el trayecto y cuando nos dimos cuenta, ya habíamos llegado a Campo Alegre, el paraje estaba despierto, había vacas pastando, caballos ensillados y otros que no. Los perros del poblado ladraron cuando pasamos por la ruta que lo atraviesa. A lo lejos, entre las casitas, se distinguía algún fogón, con sus brasas rojas centellantes, y algún que otro lugareño mateando cerca, al costado del fuego. Las gallinas deambulaban con sus pollitos sin más afán que comer granos de maíz o quizás pequeños gusanos que encontraban al escarbar la tierra. El balido de los chivos y ovejas que se asustaban por el ruido del motor y las hacía moverse nerviosamente en los corrales se podía escuchar mientras nos alejábamos de aquel poblado. Pasamos esos cinco kilómetros más allá de Campo Alegre, ese era nuestro lugar señalado, en medio del monte tupido había un claro con una pequeña cañada, entramos por la picada, el sendero estaba firme.

Lo único malo era el *vinalar**, sus gruesas y largas espinas me rozaban el codo y obviamente, garabateaban aún más la camioneta del viejo. Avanzamos un trecho nomas campo adentro y bajamos de la camioneta. Miré hacia el cielo y estaba pintado de gris, el viento era un poco más frío y húmedo ahí, en el monte. Los muchachos se bajaron y Charly saltó a la cajuela para empezar a descargar nuestras cosas. Primero bajamos la mesita plegable, nuestra infaltable compañera de aventuras, luego las otras bolsas. Vi de reojo que Charly manoteó un pedazo de torta asada y con la boca llena me ofrecía la mitad, extendiendo la mano, la agarré y la partí en dos para convidarle al Pocho, que ya había logrado ubicar la mesa bajo el árbol donde nos sentábamos siempre y venía de dejar una de las bolsas junto a la mesa.

—¡Ojo con las víboras! Tengan cuidado porque está fulero el nubladito este – Les grité, mientras llevaba mi maleta al lado de la bolsa que había dejado el Pocho. Los escuché reírse y decirse algo entre ellos, pero como hablaban con las bocas llenas no pude entender qué habían dicho con exactitud.

Bajamos todo y nos pusimos manos a la obra. Charly se encargó de juntar leña, unas ramas secas que encontró cerca, era medio miedoso, así que, la idea de buscar madera lejos, no le simpatizaba mucho. Pocho puso el bidón

de agua sobre la mesa y colgó la radio a una de las ramas con un pedazo de cuerda que había en la cajuela de la Ranger, la música comenzaba a sonar, el ambiente se iba llenando de la cadencia de las notas de “Me ilusioné” del grupo de vallenato “Binomio de oro” y ya cantábamos y nos movíamos al compás de la música, Pocho lanzó un sapukay al éter, lo seguimos Charly y yo y cantábamos el estribillo a una sola voz, a garganta doliente

*“Ayúdame a vivir un poco amor
porque en mi mundo todo es soledad
escucha mi mensaje por favor
y haz que mi sueño se haga realidad.
Algo dentro de mí se muere, se muere, se muere
siento muy cerca mi final, puedes salvarme si tú
quieres,
un beso tuyo bastará...”*

Después de un rato de devaneos y canciones que continuaron en consecución armoniosa nos pusimos manos a la obra, la música seguía sonando, mientras tanto, el fuego comenzaba a lanzar sus primeras chispas y pronto fue uno muy vivo y alegre. El aire estaba cada vez más frío y húmedo. En medio del campo, con el día tan nublado, parecía que era más bien el atardecer, el Sol no se filtraba por ningún lado, no era la mañana ideal para mariscar, pero, aun así, para nosotros lo era, estábamos los tres, todo era alegría, risas, canciones ¿qué otra cosa

se necesitaba para ser feliz? Podría haber tenido el secreto de la felicidad en mis manos en aquel instante, podía sentir que estar allí, con las personas que quería, era el *summum bonum** de la felicidad.

Empezamos a alistar las armas Pochito y yo, para ir a inspeccionar un poco el claro, nos pusimos unas botas de goma, que siempre hacían parte obligada de nuestra vestimenta, y con ella evitábamos que las víboras nos picaran, pero, siempre había que tener cuidado ya que ellas solían estar trepadas en los árboles, así que, debíamos andar con cautela o ir muy atentos. En eso estábamos cuando escuchamos que un perro ladraba cerca, cada vez más cerca, pronto vimos aparecer a un cuzquito* que venía a toda carrera hacia nosotros, no sé de dónde salió, pero llegó adonde estábamos con los preparativos, y moviendo su cola, nos olía, como saludándonos, o dándonos la bienvenida. Todos lo tocábamos y él parecía contento, así que, nosotros lo recibimos de buen grado también.

Charly se quedaba a cargo de la cocina, la mañana, como dije, estaba muy fresca y hasta se sentía alguna que otra gota que iba cayendo, así que, un buen guisito nos iba a venir bien. Pocho y yo tomamos las armas, él llevaba el rifle y yo la escopeta recortada y nos fuimos, y para sorpresa nuestra, nos seguía el cuzquito, los tres caminábamos en silencio y mirando para todos

lados. Había que observar bien dónde íbamos poniendo los pies. Para romper el silencio, supongo, Pocho habló:

—Espero que no haya leones por acá- Expresó en un susurro

—Por las dudas hay que estar atentos —
Murmuré por lo bajo

Era muy corriente que hubiera pumas en esa zona, los lugareños, por costumbre, por folklore, los llamamos simplemente, leones, estos grandes felinos suelen hacer estragos con los animales de granja de la gente del lugar. Son animales poderosos, bellos, pero letales. Se sabe que también los jaguares suelen recorrer esas tierras, a ellos los llamamos tigres, por la misma razón que dije antes, y más de una vez, algún cristiano terminó muerto, vencido ante sus fauces mortíferas y fuertes garras, ambas especies ocupan un lugar preponderante en el podio de los felinos temidos que habitan los montes del Oeste formoseño. Había que andar con cuidado. Los ojos de algún tigre podrían estar observándonos, no sería extraño.

Nosotros buscábamos guazunchos, y los felinos también.

De pronto, comenzó a lloviznar bastante tupido, entonces decidimos volver a nuestro refugio. Charly ya estaba amañándose para colocar nuestro toldo, que siempre lo teníamos para

casos como este, cuando llegamos adonde estaba, lo ayudamos y pronto tuvimos un buen techo donde guarecernos. Nos tomamos unos mates con las tortas y al cabo de un rato amainó la llovizna. Charly se puso manos a la obra y al poco tiempo el guiso ya estaba en ciernes.

Decidimos retomar la recorrida con Pocho, el cielo se había limpiado un poco también. La calma volvió, sólo quedó el aire frío.

En silencio caminábamos, mirando fijamente dónde íbamos poniendo nuestras botas, subiendo y bajando la mirada, todo al mismo tiempo, como acompasado ejercicio de caza. De pronto, Pocho se paró en seco y me hizo señas para que pare también.

—Shhhhh —Murmuró, haciendo un gesto con el dedo índice sobre sus labios

— ¿Qué es? —Le dije con voz casi inaudible

—Hay un guazuncho ahí —Respondió en tono muy bajito

— ¿Dónde? —Susurré, mientras miraba para todos lados

—Ahí —Masculló, apuntando con el dedo-
Detrás de ese algarrobo grande

Y de pronto lo vi, ahí estaba, y para nuestro asombro, no estaba solo, había tres guazunchos. Estaban pastando, ni siquiera nos vieron.

Nos pusimos en posición de tiro, no queríamos que ni el aire se enterara que estábamos ahí,

hasta el cuzquito se quedó quieto. Yo tenía en la mira a un guazuncho grande, rogaba que no se moviera, Pocho apuntaba al otro, un poco más pequeño, con la mirada nos entendíamos así que, al gesto consabido, disparamos. El sonido se escuchó como si retumbara de pronto en cada árbol, en cada espacio del claro, una estampida colosal, un ruido que hizo que el cuzco corriera desesperado lejos de nosotros y luego de eso, vimos que caían los dos guazunchos, heridos mortalmente, y como noté que el otro no sabía qué hacer, apunté y le di de lleno en la cabeza. No lo podíamos creer, era algo irreal. Mientras chocábamos nuestras manos y gritábamos llenos de júbilo e íbamos trotando en dirección a los animales caídos, entonces, de reojo vi que algo blanco se movía a una distancia bastante grande, me llamó la atención eso que por el rabillo del ojo veía y di vuelta la cara sin dejar de trotar para ver mejor de qué se trataba y no había nada, nada.

Llegamos al lugar y muy eufóricos mirábamos nuestras presas, nos sentíamos héroes prácticamente.

—¡Mirá, Pochito! —Le dije —Son bien grandes, tenemos hasta para el año que viene con esta carne.

— ¡Sí! No puedo creerlo, che, apunté y le di ¡Le di! -Me dijo con los ojos llenos de felicidad muy abiertos y una enorme sonrisa en

su rostro.

Otra vez, por el rabillo del ojo veo algo blanco que cruzaba detrás de unos árboles, ahí ya me asusté porque o estaba loco o había alguien ahí.

Le dije a Pocho, casi murmurando:

—Pocho, mirá —Sin dejar yo de ver hacia los árboles

—¿Qué cosa? —Me dijo, mirando hacia donde lo hacía yo.

—Hay algo ahí —Le dije —Algo se mueve, algo blanco, fijate.

—Yo no veo nada —Me dijo, mirándome como si yo estuviera loco —Vamos a manear estos bichos que son pesados, che, hay que llevarlos antes de que se largue el agua de nuevo-sentenció, mientras iba maneando con una soga a los animales para llevarlos a la rastra hasta el campamento.

De pronto, en medio de nuestra charla, de nuestras risas que nos inundaban la garganta y el corazón por la felicidad que sentíamos ante tamaña caza, se escuchó un grito profundo, un sonido sordo salido de algún lugar, parecía un grito humano, doliente, telúrico, espeluznante, ambos paramos la oreja.

— ¡Viste que te dije, boludo! —Le grité, y un escalofrío me recorrió entero —Vámonos de acá.

— ¡Sí, vamos, llevemos esto ya, me estás haciendo tener miedo, che! —Balbuceó Pocho.

Ambos llevamos a los animales hasta nuestro refugio, el guiso de Charly ya estaba listo y al vernos de lejos corrió a ayudarnos con nuestras cargas.

—¡Che! ¡Qué es esto? ¡No puedo creerlo, felicidades! ¡Tres corzuelas, ni Raúl pudo tanto y mirá que ese sí es buen cazador, eh! —Decía a viva voz, sin poder ocultar la alegría.

Nos saludamos, nos felicitamos, nos dimos varios abrazos, chocamos las manos y cuando casi estábamos llegando al techo del refugio, la lluvia que estuvo escondida, se largó con todo. Nos pusimos a resguardo mientras mirábamos nuestras presas, a las que les latían aún los músculos del cuerpo.

De pronto, en medio de la lluvia, otra vez el grito, pero esta vez muy cerca, demasiado cerca. Nos miramos de reojo y el miedo se apoderó de nosotros.

— ¿Qué mierda es eso? —Preguntó Charly, mirando para todos lados, nos interrogaba con la mirada mientras observaba el rostro pálido de Pocho y también el mío

—No sé boludo, sólo te digo que ya no me gusta nada, es la segunda vez que escuchamos ese sonido, primero fue allá, en los árboles, cuando estábamos maneando los bichos, yo vi algo blanco que se movía, pero cuando me di vuelta a ver qué era, no había nada- Le conté alarmado, con la voz un poco débil y asustada, la verdad.

—Che ¿y si mejor nos vamos a la mierda? —Dijo Pocho con voz trémula, con el rostro muy pálido —Yo creo que no es para tanto —Expresé con un falso tono tranquilizador —Esperemos un rato y después si algo no está bien o si sigue lloviendo, nos vamos nomas.

Charly y Pocho asintieron, pero sin muchas ganas, en silencio. En ese mismo instante, ante la mirada azorada de los tres, voló un pañuelo de gasa, bajo la lluvia, una gasa blanca que no terminaba de caer nunca al piso. Ahí sí que se me atoró la garganta, no pudimos emitir palabra, nos quedamos estáticos, pasmados, teníamos que irnos, estaba sucediendo algo muy raro y no queríamos saber qué era. Cargamos todas las cosas a la disparada, las tirábamos en la cajuela, mientras llovía a cántaro. El fuego comenzó a apagarse con el agua de la lluvia que caía sobre él al quedarse sin el toldo, alzamos como pudimos las tres corzuelas, y embarrados y ensangrentados, subimos a la camioneta, casi atropelladamente, sin el menor cuidado.

Puse en marcha el motor, metí primera, aceleré y ¡NADA! La camioneta no se movía, estaba como trabada, abrí la puerta para mirar hacia atrás, Charly que iba a mi lado hizo lo mismo, queríamos ver si estábamos o no empantanados y no nos habíamos dado cuenta o si acaso eran mis nervios nomas, pero no veíamos nada, mientras tanto, yo insistía con el cambio y

apretaba el acelerador. En medio de la lluvia, encerrados en el habitáculo de la camioneta, escuchamos otra vez ese grito, ese lamento, ese sonido petrificante, duro, doliente. Los tres pegamos un grito también, un grito de espanto, de terror, de angustia, de miedo. Yo seguía metiendo el cambio y acelerando, pero nada ocurría. Habremos estado unos cinco minutos peludeando, la lluvia iba amainando lentamente, de pronto la camioneta comenzó a zarandearse, a moverse desde la cajuela, como si alguien estuviera saltando, miré por el espejo retrovisor y vi la cosa más espantosa del mundo, giré la cabeza con los ojos abiertos de par en par para poder observar aquello tan terrorífico que estaba sucediendo, miré sin poder desviar la mirada y los changos hicieron lo mismo, todos nos quedamos mudos de repente, no podíamos hablar, emitir sonido alguno. En la cajuela, de pie, estaba una mujer, una mujer vestida de blanco, con un rostro hermoso y lágrimas en sus ojos llameantes, los puños apretados y nos miraba directo a los ojos, a cada uno, los tres estábamos en pánico, ella nos atravesaba con sus ojos, abrió de pronto su boca y gritó. No puedo olvidar ese grito, el lamento traspasó mi corazón. A veces, en medio de mis sueños la suelo escuchar.

Los tres descendimos temerosos, no podíamos huir, no podíamos hacer nada y había una fuerza

sobrehumana que nos impelía a bajar de la camioneta, algo que nos decía que era esto lo mejor que podíamos hacer, sólo nos quedaba enfrentar el momento. Nos pusimos los tres a un costado, sin dejar de mirarla, y ella se elevó de la cajuela y así, flotando, se paró delante de nosotros, el borde de su vestido tenía sangre, la sangre de las corzuelas. El motor de la camioneta se apagó solo. Ella nos miró con los ojos llenos de lágrimas y el rostro adusto, férreo, blanco como una porcelana, era muy bella, tanto como los rosales en primavera o como los colibríes que visitan las flores y las casas trayendo buenas noticias, o como la brisa en la mañana o como el beso de una madre. Era hermosa y a la vez nos infundía temor. Ella exclamó, con voz potente:

-¿Por qué lo han hecho? ¿Por qué han matado así a mis hijos? ¿Por qué han sido tan crueles y desalmados? ¿Acaso no les bastaba matar a uno solo? Tal cosa les hubiese podido perdonar. ¡Pero han dado muerte injusta a tres hijos míos! ¡Por qué? – Vociferó.

El cuzquito que antes nos acompañó, estaba ahora a los pies de ella y con su mirada nos escudriñaba.

Nosotros no supimos qué decir. No teníamos excusas. Habíamos matado por diversión, porque las circunstancias se dieron así, pero sobraban las palabras, no había una razón que

sinceramente amerite una actitud tan deplorable y destructiva. Entonces, le pedimos perdón, le juramos que nunca más íbamos a mariscar. Que ya nunca íbamos a volver a cometer un acto tan deleznable. Nos temblaba la voz, tartamudeábamos. Ella nos miraba, nos sopesaba el corazón, y entonces dijo:

—La Ley es la Ley, yo perdono lo que han hecho, pero deben saber que, yo tomaré una de vuestras vidas en pago por estos crímenes, así lo he dictaminado yo que soy La Dueña del Monte, el alma de todo lo verde que ven aquí, de todas las criaturas que conocen y aún de las que no saben ni un quinto, esa Ley es inmutable. Váyanse con mi permiso, pero estén atentos.

Nos quedamos atónitos, era un permiso y una sentencia. Libertad y red. Una tensa calma nos envolvía, nos abrazamos entre los tres, llorando. ¡Qué habíamos hecho? Habíamos violentado el reino de La Dueña del Monte. Nos separamos con lágrimas en los ojos y al mirar hacia donde estuvo parada unos segundos antes, nos topamos con que ya no estaba, tampoco el cuzquito. Había un silencio bullicioso, algo alarmante. Debíamos irnos de ahí.

Llegamos, no dijimos nada a nadie acerca de lo que habíamos vivido, hubiesen pensado que estábamos locos quizás, o borrachos. Guardamos el secreto pensando que así

podríamos conseguir que La Dueña del Monte revierta su juicio hacia nosotros.

Han pasado muchos años, muchas noches de charlas con mis viejos amigos, muchos encuentros. Hemos divagado, sacado conclusiones, hemos tratado de olvidar aquello, aunque sin éxito. Era siempre tema obligado en nuestras conversaciones. Nunca más fuimos a mariscar, al menos no juntos, yo por lo menos no volví más a matar ningún bicho del monte.

Todos vivimos ahora en distintos lugares, cada uno con su mundo, con sus cosas, su familia. Soy abogado, aún no me he casado y tampoco tengo hijos.

Volví hoy al pueblo, y me puse a recordar, a recorrer el pasillo mental de lo que ocurrió aquel día. Junté pedacito a pedacito cada recuerdo y fui escribiendo cada detalle, cada instante que llevo en mí. No sé si lo habré hecho bien, quizás me falta la gracia de los que saben contar historias, no lo sé. Pero les he contado todo lo que recuerdo, eso, se los aseguro.

Aquí los dejo, mis circunstanciales lectores, ella ha venido a buscarme, no la quiero hacer esperar, porque después de tantos años, hoy saldará mi deuda con La Dueña del Monte.

TERESA

Braulio estiró las piernas, se pasó la mano derecha con frenesí sobre la frente, mesando a la vez su cabello negro como la noche. Apoyó la palma de su mano en su mejilla derecha, suspendió en ella el peso de la cabeza por un instante, abrió los ojos, a riesgo de dejarlos secos, no pestañeaba. Un ahogado gemido escapó entre sus labios, masculló algo inaudible y descargó su puño contra la mesa donde estaba el libro abierto.

La angustia se apoderó de él. Un miedo inexplicable se asomaba por detrás de sus ojos. Encendió un cigarrillo.

—Estoy loco —pensó —Sí, definitivamente me estoy volviendo loco- Vociferó en silencio, mentalmente.

Fumaba el cigarrillo dando profundas pitadas. Lo aspiró en pocos minutos. Encendió otro con la colilla del primero. Daba grandes pasos, pensaba, su mente era un caos. No había respuestas. Miró por la ventana, desde el segundo piso de Junín y España tenía una buena vista. Miró. Vacío. El bullicio de la calle lo alteró todavía más. Cerró el vidrio. No le importaba lo que sucedía afuera.

— ¡Teresa, Teresa, dónde estás Teresa! —Gritó, de pronto. Su voz retumbó en el silencio del departamento.

Sonó el teléfono. Lo miró, era ella. No respondió. Volvió a sonar una, dos, diez veces. No respondió. No quería escuchar.

Cada vez que sonaba el teléfono, la cólera de Braulio aumentaba. La nicotina no le daba abasto. Sacó una lata de cerveza Quilmes de la heladera. La tomaba sin respirar. Sonó el timbre. Sonó más de cinco veces. Él estaba estático en la cocina, con la lata en la mano, las piernas separadas, el filo de la cadera apoyado sobre la mesada, los ojos fijos y tremendamente abiertos mirando en lo profundo de la nada.

Ahora golpeaban la puerta, golpeaban y sonaba el timbre, todo al mismo tiempo

Se acercó a la mirilla bufando. Observó atónito. Era Teresa. Abrió la puerta. La miró a los ojos. Una mezcla de alegría y rabia se apoderó de su ánimo.

— ¡Volviste! ¡Volviste después de haberte marchado sin decir nada! —Espetó con violencia Teresa intentaba hacer equilibrio con la pesada bolsa que cargaba. Lo notó enojado, lo vio nervioso, lo notó inestable.

—Ayúdame, nene ¿no ves que no puedo con todo? Te llamé treinta veces para pedirte que me ayudaras, decí que el remisero se apiadó y me ayudó con las bolsas. Mirá, ahí hay más —dijo, señalando el costado de la puerta.

Mientras ella decía esto, Braulio, quien se dio cuenta recién de la situación, intentaba ayudarla

con ambas manos. Eran bolsas con comestibles y algunas de una tienda de ropa. Lograron meter todo. Una vez que Teresa terminó de levantar las últimas manzanas y naranjas que se le habían caído al piso, observó fijamente a Braulio. Él estaba confundido. Había mucho olor a tabaco en el departamento. Ella abrió la ventana. De reojo vio la lata de cerveza en la mesada. Braulio encendió un cigarrillo.

— ¿Qué es lo que te pasa? decime —dijo ella, con la voz serena

—Estoy loco —dijo, y dio una pitada profunda mientras fijamente la miraba

— ¿Por qué estás loco? —dijo Teresa y lentamente caminó hasta posicionarse en frente de él

—Me siento loco, estoy haciendo cosas de locos. Me volví loco cuando vi el libro abierto, pensé que te habías ido, pensé que ya no te vería. Vos sabés que no puedo ingresar a Estolia, no me es permitido. No podría buscarte —Dijo, hundiendo sus pupilas grises en las verdes de ella- Nunca antes habías desaparecido sin decirme. Yo... yo vi el libro abierto y pensé lo peor. Cuando el teléfono sonó pensé que estabas llamando para decirme que te habías ido, así como así. Tuve mucho miedo, mucha bronca porque no entendía nada. Tuve miedo de perderte, sí. Mucho miedo.

—¡Ay, Braulio! Mi amor... Desde el día que llegué a tu vida juré que no te dejaría. Has sido pa-

ra mí un amor, un compañero. Le has dado sentido a mi vida. Hemos decidido vivir aquí. Yo renuncié a Estolia. Lo hice por vos y por mí. Esta mañana, mientras dormías, decidí darte una sorpresa, preparar una cena, ponerme bella para vos, invitar a algunas personas queridas, compartir nuestra dicha. Darnos un respiro. Tenía que salir de compras. Es cierto que siempre salimos juntos, pero yo estoy preparada para salir sola, después de todo, este es ahora también mi mundo. Entonces tomé dinero de la mesita de noche, fui —mientras hablaba, ella tomó el rostro de Braulio entre sus manos y estaba tan cerca que su aliento besaba el rostro de su amado —compré unas cosas y volví.

Él la abrazó, lloró, una lágrima redonda y caliente se deslizó por su mejilla. Ella lo sintió vibrar, ella lo sintió desarmarse.

—No lo hagas nuevamente sin avisarme, por favor —Dijo él, mientras lloraba y sonreía al mismo tiempo, entre sus manos tenía el rostro de la bella Teresa e iba depositando besos en sus labios rojos —No creo poder soportar otro momento como este.

Ella sonrió y lo besó. Se anudó al cuello de Braulio y estuvieron así varios minutos.

—La próxima vamos a ir juntos —Prometió Teresa

— ¿Por qué estaba abierto el libro? —Dijo él

—Esta mañana sentí deseos de ver a mi madre. Abrí el libro y entré a charlar con ella. Necesitaba su abrazo. Después volví y olvidé cerrarlo. Ella estaba feliz de verme y me ha dado buenos consejos para tener una convivencia feliz. Me dijo que querían visitarnos papá y ella, también José, mi hermano. Le dije que sí, que esta noche sería el momento ideal. Por eso salí a comprar todo esto. Quiero recibirlos en mi casa, en mi mundo, con mi amor.

Braulio la abrazó, estaba visiblemente emocionado.

—Soy feliz, vos hacés que mi mundo sea feliz, Teresa. Hoy lo soy doblemente porque has arreglado cuentas con tu madre. No perdamos tiempo, pensemos en lo que haremos para recibirlos

—Dijo Braulio

—¡Nada! —Dijo un cocinero que estaba saliendo del libro. Un hombre regordete con un gran gorro blanco —De la cocina me encargo yo, son órdenes de la señora Melisa —Mientras decía esto, caminaba con paso resuelto hacia la cocina, llevando consigo maletas cargadas de víveres.

GUÍA DE ACTIVIDADES

KARINA CANO

Guía de Actividades para “El vuelo” (pág. 14)

Cuestionario:

- ¿A qué otros personajes literarios hace alusión el poema? Escribe cita textual.
- Identifica y transcribe ejemplos de los recursos estilísticos que encuentres.
- Escribe con tus palabras qué interpretas en los siguientes versos: “voy como se marcha la luna al llegar el alba y con su luz brillante cortaré el rencor”
- ¿Para vos qué significado tiene el color de las rosas?
- ¿Por qué el poeta afirma que “el amor es tonto, sordo y ciego”?
- Explica brevemente el título de la poesía.

CAROLINA GÓMEZ GENEIRO

Guía de Actividades para “En sus lágrimas” (Pág. 27)

- 1- ¿Qué situación cuenta este relato? ¿Por qué?
- 2- Describir a los personajes y sus posibles conflictos de manera detallada.
- 3- Describir cómo se utilizan las metáforas en la historia.
- 4- Realizar un comentario acerca del final del relato y la forma en que éste se presenta.

AVELINO NÚÑEZ

Guía de Actividades para “Silverio” (Pág. 35)

Cuestionario:

- A- En un mapa de división política de Chaco, ubica geográficamente el espacio donde se desarrolla las acciones.
- B- Describe el paisaje, en general, utilizando las imágenes sensoriales.
- C- Identifica el Narrador de la historia y clasifica el cuento.
- D- Responde: ¿Cuáles fueron los motivos que desencadenaron las acciones de esta historia?
¿Con qué nombre se conoce este fenómeno de violencia escolar?
- E- ¿Qué actitud adopta Silverio ante el acoso de Avelino y cómo reacciona Alicia ante esta serie de hechos? ¿Existe algún tipo de discriminación en el cuento?
- F- ¿Cuál es el momento de mayor tensión en el cuento? ¿Qué hace que Avelino cambie de

pronto su proceder ante Silverio y qué descubre finalmente del mismo?

G- Escribe una opinión acerca de Víctor bajo estas preguntas ¿Era Víctor un manipulador? Por las cosas que hacía, ¿crees acaso que Víctor haya estado enamorado de Alicia? ¿En qué categoría de persona ubicarías a este adolescente? ¿Era Víctor un buen amigo? Fundamenta tu respuesta.

H- ¿Qué enseñanza deja Silverio a Avelino? ¿Qué hace que Avelino haya transformado su mundo a partir de aquella charla con Silverio? ¿Tuvo algo que ver Avelino con la muerte de Silverio?

I- Imagina y escribe una narración con otro final, respetando el nivel del discurso, el tiempo verbal predominante, la psicología de los personajes y las características del espacio geográfico.

J- Escribe una reflexión final acerca de la violencia escolar.

FERNANDO BRAVO

Guía de Actividades para “Romance orillero” (pág. 74)

- 1- El poema “Romance orillero” cuenta una historia en verso. A partir de la lectura y el análisis del mismo describan de qué se trata y por qué tiene ese título. Fundamenten sus respuestas.
- 2- A la luz de lo explicado en el punto anterior expliquen particularmente los siguientes versos: “Florcita de los márgenes/ agüita de lluvia vllera/ herida social que lastima/canción de cuna orillera”.
- 3- ¿Por qué decimos que se trata de un poema? ¿Cuáles son las características de este tipo de texto? Fundamente sus respuestas.
- 4- Subrayen los versos que riman entre sí. Marquen las distintas rimas con colores diferentes.
- 5- Compartan con sus compañeros las propias producciones y analicen si el contenido del poema es actual y realista o simplemente una construcción de la imaginación.

TONY ZALAZAR

Guía de Actividades para el conjunto de poemas que conforman

“Historia del pan de ayer” (Pág. 77)

- 1- En grupos identifiquen los siguientes términos y defínanlos valiéndose del contexto en que aparecen: **extremaunción - pitanza - bifurcaba - socializarlo - moral**. Luego expongan sus definiciones y compárenlas con las de los demás grupos. Finalmente busquen la definición en el diccionario y corroboren o corrijan los resultados.
- 2- ¿Quién es el autor del poema? Investiguen en Internet su biografía.
- 3- ¿Qué sentido tiene el epígrafe con que se inicia el poema?
- 4- ¿El poema es realista? ¿Por qué cree que cada poema desmiente al anterior? (ver conceptos de Ficción y Realidad).
- 5- Resuman las actitudes de los personajes ante el pan de ayer y clasifíquelas según los conceptos de *Arte x el Arte* y *Arte Comprometido* (investiguen dichos conceptos).

- 6- ¿Qué es la lírica y qué, el coloquialismo? ¿Cuál de todos los poemas tiene un mayor carácter lírico? Justifiquen con citas y ejemplos sus respuestas.
- 7- ¿Qué es un caligrama? En una parte de *Era falso el poema ese en que mi hermano* hay un caligrama, describan qué imagen se forma con esa disposición de los versos y qué efecto busca provocar el poeta.
- 8- Según el poema la poesía podría ser un pan de ayer ¿Qué sentido tiene esta comparación? ¿Creen que el arte poético puede dejar de existir en algún momento? Justifiquen sus respuestas.
- 9- En los poemas hay varios recursos poéticos: comparación, imágenes sensoriales, personificación, aliteración y preguntas retóricas, entre otros. Reconózcalos y transcribálos.
- 10- Utilizando algunos de los recursos poéticos mencionados escriban un poema que hable de otra acción posible en la utilización del pan de ayer. Compartan la producción con los demás compañeros y soliciten devoluciones para poder corregir el poema.

SANDRA MEZA NIELLA

Guía de Actividades para “Otoño” (Pág. 93)

- 1- Si tuvieras que representar el mensaje en líneas de colores, ¿Qué material utilizarías? ¿Lápices de colores, témperas, acuarelas o crayones? ¿Se te ocurre otro elemento? Pinta esa imagen que te viene a la cabeza.
- 2- Intenta relacionar el poema con un tema musical de tu preferencia o con un segmento instrumental que conozcas... ¿Cuál sería? ¿Qué sentís que los relaciona? Buscá en YouTube y mostranos.
- 3- ¿Hay algún rincón de la ciudad que te conmueva sensorialmente? Contanos por qué.
- 4- Rescatá del poema tres palabras que te provoquen algún recuerdo de tu vida y relatalos brevemente en voz alta.

PASCUAL AVELINO

Guía de Actividades para

“El silencio de mi reloj” (Pág. 105)

- 1- ¿Cuál es el tema principal del poema “En el silencio de mi reloj”? ¿Es comparable con alguna experiencia tuya? ¿Cómo describirías con tus palabras el hecho de esperar?
- 2- ¿Qué puede interpretarse como el silencio de mi reloj?
- 3- ¿Qué recursos literarios se hallan en el poema?
- 4- ¿Qué metáforas pudiste reconocer y qué significan cada una de ellas?
- 5- ¿Qué imagen poética te llamó la atención? Comenta tu elección.

MÓNICA GRACIELA ESCALANTE

Guía de Actividades para “Lobo” (pág. 114)

- 1) Lee con detenimiento el poema. Haz una relectura.
- 2) Busca el vocabulario desconocido.
- 3) ¿A qué género pertenece esta producción? Justifícalo.
- 4) Extrae el tema central.
- 5) Quiénes son los personajes. Descríbelos con dos adjetivos a cada uno.
- 6) Te sentiste identificado/a con la situación que plantea el poema?
- 7) ¿A quién personifica el “lobo”?
- 8) Realiza una valoración y análisis personal del mensaje de la poesía.

SONIA LUISA BÁEZ ARANDA

Guía de Actividades para “Noche de Viernes Santo” (pág. 145)

PRELECTURA (Anticipación lectora)

¿Qué sugiere el título?

¿A qué liturgia corresponde?

¿Conoces alguna anécdota referida por tus abuelos o personas de edad al Viernes Santo?

¿Qué connotación tiene ese día de la semana en particular de acuerdo con nuestras creencias y costumbres, sobre todo de las personas que viven en el campo?

LECTURA (Comprensión lectora)

Lee atentamente el cuento y responde:

En este relato hay un cuento dentro de otro. Indiquen quién narra cada uno de los relatos.

¿Qué relación existe entre el narrador y el receptor de la historia ocurrida en un Viernes Santo? ¿Qué significado transmite esta relación?

¿Qué importancia tiene?

Extrae palabras o frases que anticipan lo sobrenatural.

POSLECTURA (producción)

Elabora un cuento de terror cuya extensión no supere la carilla y media.

LIDIA GODOY

**Guía de Actividades para
“Estrellas fugaces” (pág. 117)**

Actividades de Interpretación y producción textual del poema “Estrellas Fugaces” recomendada para 2º / 3º año de escuelas medias.

Actividad de interpretación:

1. Indica el tipo de poesía: Tradicional
 Vanguardista
2. Elige una opción para el tema:
 Un amor no correspondido
 Un amor platónico
 Un amor interrumpido por la muerte de uno de los amados.
3. Describe la métrica:
4. Explica con tus palabras las siguientes frases: “estrellas fugaces” “calles azarosas de mi pueblo” “chivatos hacia el aire florecido” “galopes de nubes sin olvido”
5. Encuentra y transcribe ejemplos de los siguientes recursos literarios: Hipérbole, Metáfora, Personificación, Encabalgamiento, Aliteración, Imágenes visuales

Actividad de producción textual:

1. Transforma la poesía en un caligrama vanguardista y creativo. (Ayuditas: Relaciona el título con una experiencia o sentimiento de ver “estrellas fugaces” en un cielo abierto en Corrientes. Relaciona el título con el tema del Amor o la Muerte y la Naturaleza regional. Escribe en prosa uno de los recursos literarios utilizados por la autora. “Suelta” en el espacio de una hoja las palabras que más te gustaron de la poesía”)

MARÍA EUGENIA GRASSI CODAZZI

Guía de Actividades para el Poema “Evocación” (pág. 151)

Cuestionario:

- Tomando en cuenta el YO lírico ¿cómo describe el poeta a su amada?
- ¿Cómo describe el poeta a la mujer terrestre?
- ¿Cuáles son los recursos estilísticos que encuentras? Escribe ejemplos.
- Escribe brevemente el tema de la poesía.
- ¿Por qué crees que este amor es imposible?

Guía de Actividades para el Cuento “las niñas de los pájaros” (pág. 163)

Cuestionario:

- Caracteriza a María.
- ¿Cuáles son los dos momentos fantásticos dentro del cuento?
- ¿Cuál es el espacio donde se desarrolla el relato? Escribe ejemplos.
- ¿Cuáles son los elementos que caracterizan el lugar?
- ¿Cuál crees que haya sido el objetivo de María al contar su historia?
- Elabora un vocabulario con las palabras que no comprendas.

ÍNDICE

Prólogo	5
KARINA CANO	
El bufón	9
Deja que decante	10
Lo imposible	12
El vuelo	14
El camino	16
CAROLINA GÓMEZ GENEIRO	
Para este amor	19
La oscura noche	20
No	21
Las marcas del dolor	22
Amanecer	25
En sus lágrimas	27
AVELINO NÚÑEZ	
Silverio	35
Jardín de cristal	55
FERNANDO BRAVO	
Alivio	67
Elemental	68
Digo	70
Vacilación	71
Pero no tu voz	72
Romance orillero	74

TONY ZALAZAR	
Historia del pan de ayer	77
SANDRA MEZA NIELLA	
Reverdecer	87
Descalza	88
Volver	89
Incierto	90
Refugio	91
Balsa de papel	93
Otoño	94
Final de batalla	95
Oración	96
X	97
PASCUAL NÚÑEZ IBARRA	
Abejas en la cabeza	101
El caminante sin amor	102
Porque tú estás	103
Alguien	104
En el silencio de mi reloj	105
MÓNICA GRACIELA ESCALANTE	
Lobo	109
Amor adolescente	110
Inútil	111
Te espero	112
Inevitable	113
Desengañada	114

LIDIA GODOY	
Estrellas fugaces	117
Poriahu	118
Isabel Godoy	120
A mi escuela	122
Las calles de mi pueblo	124
Nostalgias de Corrientes	125
Soy de Alvear	127
Niño rupá	129
Ñande kuarahy	130
Capilla de Santa Ana	132

SONIA LUISA BÁEZ ARANDA	
La hora señalada	137
La mujer de la laguna	141
Noche de Viernes Santo	145

MARÍA E. GRASSI CODAZZI	
Evocación	151
¿Qué somos en este frasco de faldas cortas?	153
Canto profundo	154
Sálvame	156
Lágrimas secas	158
Amor callado	159
Palabras	160
Deseos inacabados	161
Crímenes de amor	162
Las niñas de los pájaros	163
La dueña del monte	172

Teresa	190
GUÍA DE ACTIVIDADES	195

Este libro se terminó de imprimir
en julio de 2019
bajo el sello de Editorial "D"
Tel: 3794 - 270378

